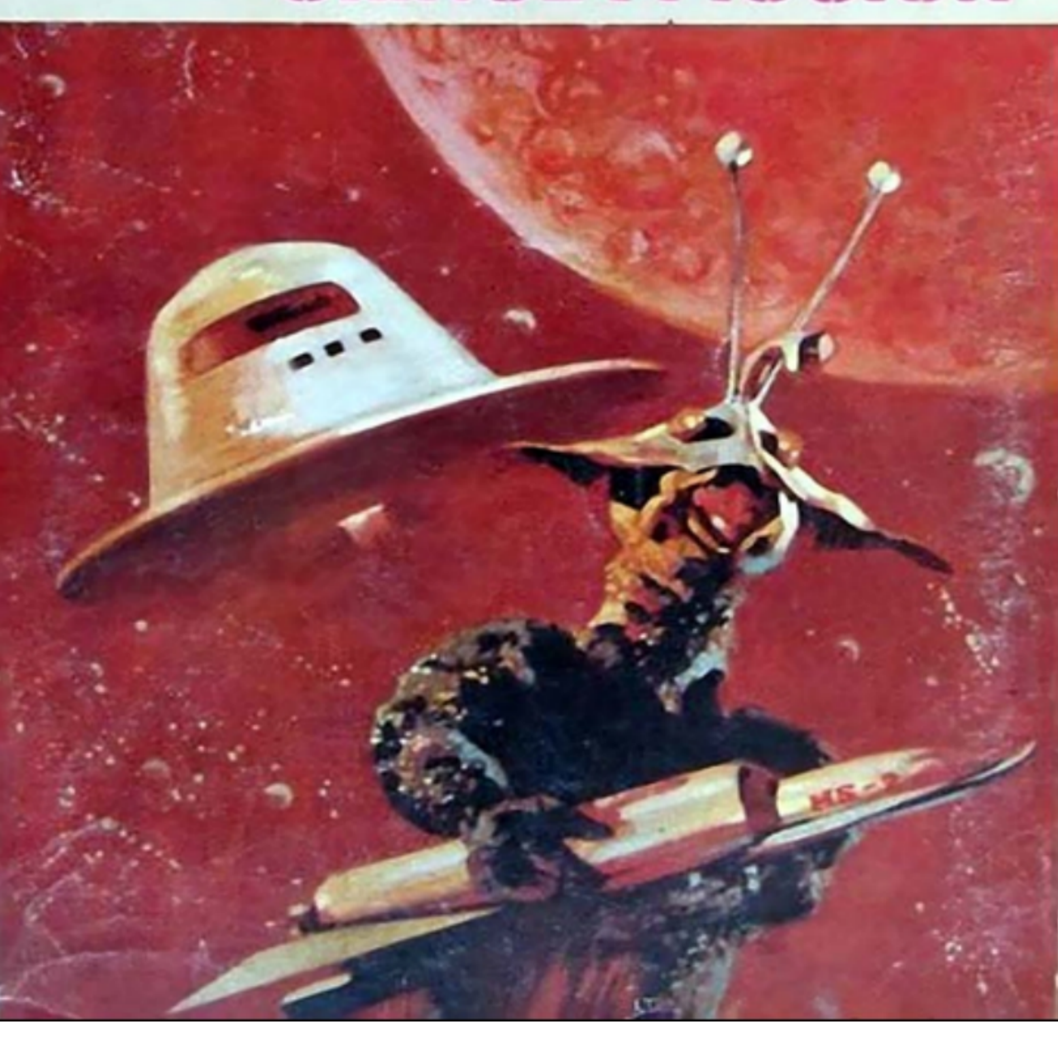
LA PIEDRA DE LA ETERNIDAD

Glenn Parrish

BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

CIENCIA FICCION



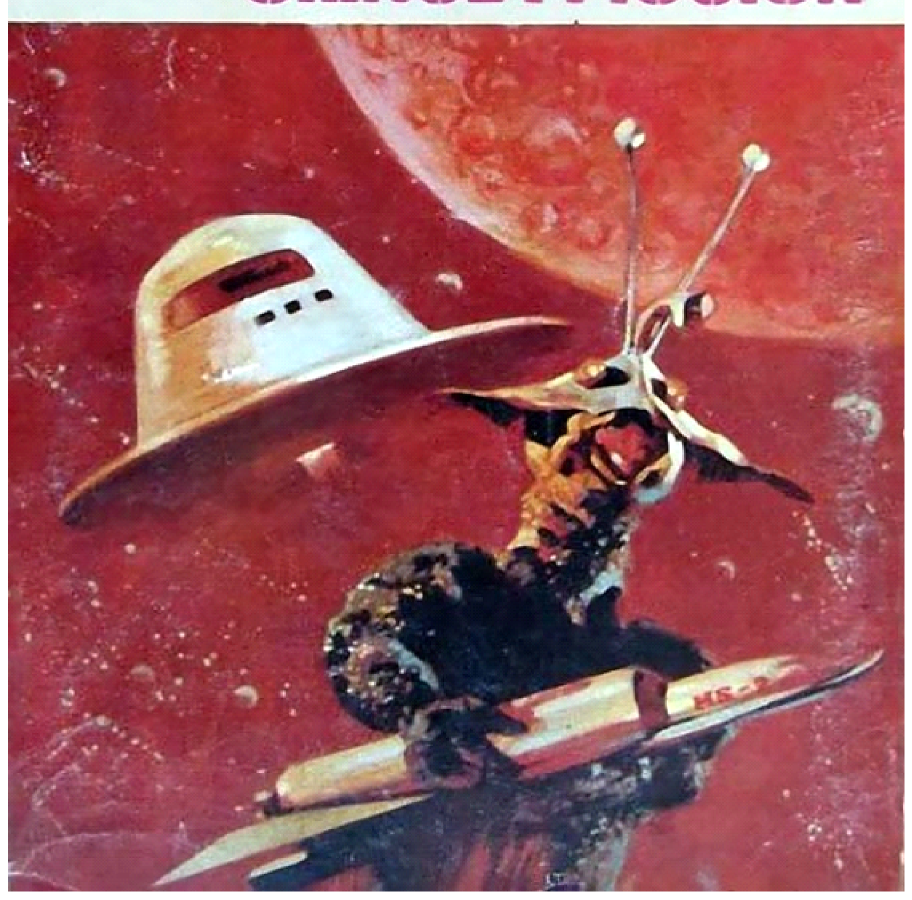
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA PIEDRA DE LA ETERNIDAD

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



CLARK CARRADOS

LA PIEDRA DE LA ETERNIDAD

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

360. - Extraños en la Tierra, *Marcus Sidéreo.*

361. - La raza milenaria, *A. Thorken.*

362. - Expulsión, *Glenn Parrish.*

363. - Cita para la eternidad, *Kelltom McIntire.*

364. - Mundos paralelos, *A. Thorken.*

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º365

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 8442-02525-0

Deposito legal: B.25.309 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.

Parets del Vallès (N- 152, Km 21,650) Barcelona - 1977

.

CAPITULO PRIMERO

Sosteniendo la bandeja con una sola mano, Tiny Harriman penetró en la espaciosa cabina de mando de la astronave y se acercó al único ocupante de la misma en aquellos instantes.

-Te he traído un poco de café, Duff -dijo-. ¿Cansado?

-No, aburrido solamente -contestó Duff Mallory. Esto es moneda corriente en nuestra profesión, muchacho -rió Harriman

bonachonamente-. Al cabo de los años, debieras estar acostumbrado.

-Nunca se acostumbra uno al espacio -respondió el otro sentenciosamente, mientras se apoderaba del pocillo lleno de la humeante bebida-. Como tampoco se acostumbra uno a la tierra firme, una vez se ha conocido el vicio de volar fuera del planeta.

-Eso es muy cierto, Duff. Por fortuna, estamos en una época en que las naves lo hacen todo por sí mismas. Yo creo que a los peces gordos les da un poco de vergüenza enviarlas en misión solas, sin tripulación; de otro modo creo que lo harían de muy buena gana.

Mallory asintió, mientras sorbía lentamente su café. A bordo efe la nave de patrulla estaban los dos hombres solos, tan dispares en sus gustos y aficiones como en su aspecto físico, pero, quizá por lo mismo, íntimos amigos y perfectamente compenetrados en la mayoría de los asuntos. Mallory era de aspecto más bien corriente y no llegaba al metro ochenta, mientras que su compañero Tiny (Pequeñín) medía dos metros y pesaba ciento diez kilos, lo que no le impedía, en momentos determinados, moverse con la agilidad y rapidez de reflejos de un felino.

Mallory era serio y un tanto reconcentrado, en tanto, que Harriman era alegre y extrovertido. El espíritu calculador y reflexivo del primero contrastaba con el talante impulsivo y, en ocasiones, arrebatado del segundo. Pero cualquiera de los dos habría dado un brazo por salvar de un serio compromiso a su compañero.

Harriman acababa de pronunciar una frase que resultaba totalmente exacta: a bordo de la nave, todo funcionaba de forma automática. Sólo se necesitaban dos hombres para cumplir con los preceptos de un reglamento que databa ya de muchos años. Incluso había un duplicado de cada instrumento, para caso de avería o fallo en algún circuito. Pero la nave no podía volar sin su tripulación.

Por dicho motivo, y mientras duraba el período de exploración, los dos hombres debían repartirse los turnos de vigilancia, alternándose cada seis horas, aunque no era estrictamente necesario que permaneciesen de forma continua en la cámara de mando. Los detectores y sistemas de alarma funcionarían apenas se percibiese la proximidad del menor peligro y los timbres sonarían en todo él ámbito de la nave, llamando a sus ocupantes a ocupar los puestos asignados. Tanto Mallory como Harriman eran hombres enamorados de su profesión y no se habrían cambiado por nadie en ningún momento. Ni siquiera por el mas rico de la Galaxia, solía decir Harriman en

ocasiones.

Delante de ellos se extendía el espacio, negro, inescrutable, tachonado por infinidad de puntos de distintos colores. Sobre el gran ventanal de la proa, se veía una carta estelar, en donde la posición de la nave aparecía gráficamente señalada por medio de un punto brillante. Era una carta móvil, que permitía a los tripulantes saber su posición en cualquier momento.

Las luces de los distintos cuadros de mando brillaban satisfactoriamente, indicando una absoluta normalidad a bordo. Una vez hubo terminado su café. Mallory se puso en pie y tomó la bandeja. La hora de su relevo había llegado.

-¿Vas a dormir? -preguntó Harriman.

-No tengo sueño. Ahora haré una hora de ejercicio en la sala de gimnasia...

Algo interrumpió a Mallory. En el cuadro de mandos acababa de encenderse una lámpara de luz anaranjada, a la vez que se oía un zumbido oscilante, de periodos de intermitencia análogos a los de la luz piloto. Harriman había tomado ya su puesto y presiono una tecla de control.

-GUVEI Cinco Cuatro Dos Siete -dio su clave con voz clara y pausada-. Adelante, escucho.

-Centro Director GUVEI -dijo alguien-. Habla GUVEI Uno. ¿Cómo van las cosas por ahí?

-Todo en orden, señor. Ninguna novedad hasta el momento. La patrulla se desarrolla con completa normalidad.

-Lo celebro. Tengan abiertos los ojos. Hay sintonías de anormalidad supuestamente magnética en Sector A. F. Veintiuno. Comuniquen inmediatamente cualquier incidencia.

-¿Anormalidad magnética, señor?

-«Supuestamente» magnética he dicho.

-Perdón, señor. Lo tendré en cuenta, señor. Comunicaremos inmediatamente cualquier incidencia. ¿Alguna cosa más?

-Eso es todo, GUVEI Cinco Cuatro Dos Siete. GUVEI Uno cierra y

corta.

-GUVEI Cinco Cuatro Dos Siete cierra y corta -dijo Harriman.

Y después de presionar la misma tecla, se volvió hacia su compañero.

-Era el Jefazo Supremo en persona -sonrió.

Mallory hizo un signo de asentimiento.

-Sí. Burlington van Sharnag -dijo.

-Ese tipo no me ha gustado nunca. Oh. no digo que no sea capaz de dirigir el Departamento, pero tengo la impresión de que ha llegado a ser GUVEI Uno a fuerza de codazos. Tú ya me entiendes, ¿verdad?

-Una expresión harto gráfica, Tiny -convino Mallory.

-No, señor, nunca me ha gustado ese tipo. Según se dice por ahí, es el autor, cuando todavía le faltaban treinta o cuarenta puestos, de la nueva nomenclatura de lo que siempre habla sido patrullas del Espacio. Ahora nosotros somos GUVEI Cinco Cuatro Dos Siete, lo que significa Nave de Patrulla número Cinco, Cuarto Escuadrón, Segunda Cohorte, Séptima Legión de la Gran Unidad de Vigilancia y Exploración Interestelar. Una nomenclatura muy «imperial», ¿no te parece? Claro que si se piensa en su ascendencia germana...

-Holandesa -rectificó Mallory.

-Es lo mismo. Del «von» al «van» la diferencia es sólo una letra y no precisamente en su carácter. Segunda Cohorte, Séptima Legión -bufó Harriman-. Sólo nos falta el uniforme de legionario de Roma y salir por ahí a conquistar Judea, las Gallas, Hispania...

Mallory se echó a reír. A veces, su compañero resultaba un tanto pintoresco.

-Judea, las Galias e Hispania están ahora aquí, delante de nosotros -dijo, a la vez que movía el brazo en semicírculo, señalando el esplendente panorama de la noche espacial-. Y no es preciso que llevemos ese atuendo, Tiny.

Harriman hizo una mueca.

-Claro que no, lo decía en broma. Pero, de todos modos, ese condenado Van Scharnag sigue sin gustarme.

-Es GUVEI Uno, lo que significa el Director y comandante en jefe de todas las naves de patrulla. Nuestro jefe, Tiny.

-No lo olvido, compadre. Oye, ¿qué diablos habrá querido decir con eso de las anomalías supuestamente magnéticas?

-Lo ignoro, aunque sí te daré un consejo: ten los ojos muy abiertos.

-Ve tranquilo, Duff -contestó Harriman.

Mallory llevó la bandeja a la cocina de la nave y limpió los cacharros acto seguido. La costumbre le hizo lanzar un vistazo a la pequeña hilera de instrumentos que había en un panel, situado a un lado de la pieza. Había un termómetro, un indicador de oxigeno, un manómetro de presión atmosférica y un indicador de velocidad, entre otros. En aquel momento, todo funcionaba con absoluta normalidad. El indicador de velocidad señalada 0'80 V. L. Ello significaba que la nave se movía a un ochenta por ciento de la velocidad de la luz, a unos doscientos sesenta mil kilómetros por segundo. La nave viajaba por un espacio normal, ya que su misión de patrulla debía realizarse con visión normal, cosa que habría resultado imposible de haber utilizado los hipermotores, que permitían a la nave alcanzar velocidades varios cientos de veces superiores a la de la luz.

Una vez terminado el aseo, Mallory se dirigió a la sala de gimnasia. Aunque la astronave estaba dotada de gravedad artificial, y era de amplias dimensiones, el espacio interior, pese a todo, siempre resultaba reducido. Puesto que las patrullas duraban sesenta días terrestres, era preciso evitar el anquilosamiento de los músculos. Mallory se dirigió de inmediato a la cinta deslizante y la puso a la velocidad de paso gimnástico. Inspiró profundamente, pegó los codos a los costados,) puso el primer pie en la cinta y empezó a «correr».

Una hora más tarde, fue a la ducha. Se cambió de ropa al terminar y puso la sucia en la lavadora automática, que cinco minutos más tarde devolvería las prendas secas y planchadas. Entonces fue cuando oyó la voz de su compañero a través de un altoparlante:

-¡Duff, ven, rápido! ¡Se nos acerca un cuerpo celeste, probablemente un asteroide, en órbita de colisión!

* * *

Con ojos morbosamente fascinados, Mallory contempló el asteroide a través de una pantalla gigante de televisión. Era un colosal pedrusco, de forma irregular, con agudos picos y profundos valles, de color más bien negruzco, aunque con algunos puntos donde destellaban vetas de diversos metales, que parecía inmóvil en el espacio, salvo por un lentísimo movimiento de rotación en torno a uno de sus ejes, movimiento por otra parte difícil de apreciar sin instrumentos adecuados.

Mallory se sentía asombrado por la presencia del asteroide en aquellos parajes. Los instrumentos habían dado claramente sus dimensiones, distancia y rumbo. Otros detectores se ocupaban de analizar su composición química. Pero esto importaba menos a los dos patrulleros que la órbita seguida por el pedrusco y que, claramente se veía, era convergente con la que seguía la astronave.

-Tiny, ese pedrusco está muy cerca -dijo Mallory-. Tenías que haberlo detectado a cinco millones de kilómetros por lo menos.

-Pues no ha sido así -contestó Harriman-. De repente, no estaba en espacio. Un segundo después, nos apareció a menos de cien mil kilómetros.

-¿Surgiendo del su Despacio?

-Pudiera ser...

-No es una astronave con hipermotores, Tiny.

-Duff, cuando yo veo una cosa verde y blanca, con aspecto de lechuga y sabor a lechuga es que es una lechuga -dijo Harriman con un gruñido-. Ese pedrusco no estaba ahí hace dos minutos apenas y ahora lo tenemos a menos de cien mil kilómetros, en órbita convergente y a cero coma ochenta y tres V. L. Nosotros podremos llegar a cero coma ochenta y dos, aunque no más, ya que deberíamos utilizar los hipermotores; pero tampoco tenemos tiempo, porque ese dos por ciento de velocidad no se puede alcanzar en menos de una hora. Y antes nos es imposible conectar los hipermotores...

-Lo sé, Tiny, lo sé -contestó Mallory.

-Podemos intentar una maniobra de evasión. Un viraje, Duff.

-No conseguirás nada. Se ha descubierto la antigravedad, pero no la forma de contrarrestar la fuerza centrífuga. A la velocidad que llevamos, un viraje de una décima de grado tan sólo, nos lanzaría al

Jado opuesto y nos convertiríamos en pasta de carne y huesos.

-Entonces, ya me dirás lo que hacemos, porque ese maldito pedrusco nos está dando caza y el volumen es demasiado grande para nuestros deflectores de meteoritos.

Mallory apretó los labios. La situación era harto crítica. Según los instrumentos de a bordo, las órbitas respectivas convergían en un ángulo de dos grados y medio. Aun a velocidad mínima, la colisión produciría: efectos catastróficos. A doscientos sesenta mil kilómetros por segundo, era la destrucción de la nave.

-Hay una solución -dijo al cabo-. Tiny, los trajes antidecelaración. Rápido, disponemos sólo de diez minutos.

Harriman comprendió en el acto las intenciones de su compañero y salió de la cabina. Mientras, Mallory conectaba la radio subespacial:

-Habla GUVEI Cinco Cuatro Dos Siete, desde el punto E 32 RY 03. Asteroide desconocido ha surgido inesperadamente y se nos acerca en órbita de colisión, por la popa, de dos grados y medio. Datos del asteroide: Volumen aproximado: Dos mil quinientos metros cúbicos. Masa: dieciocho mil setecientas toneladas. Composición: Basaltos, granito, trazas de hierro, níquel, uranio y torio. Momento de la colisión: ocho minutos cuarenta segundos a partir de este momento. Vamos a intentar evitar la colisión mediante deceleración. Eso es todo por el momento.

Alguien, a decenas de años luz de distancia, contestó:

-GUVEI Central, enterado. Traten de salvarse. Informen concluida la incidencia.. -Informaremos. GUVEI Cinco Cuatro Dos Siete, cambio y cierro.

Harriman entraba en aquel momento con una pesada armadura en la que se embutió Mallory sin perder un segundo. Era un traje antifrenado hecho a su medida y, una vez se lo hubo puesto, tenía todo el aspecto de un sarcófago egipcio. Pero podía sentarse en el sillón especial, uno de cuyos brazos disponía de varias teclas de control, que podía accionar sin necesidad de mover otra cosa que los dedos.

Apenas se hubo sentado, una serie de abrazaderas lo fijaron al sillón sólidamente, una máscara se bajó en su traje y le cubrió la cara por completo, salvo las fosas nasales. Incluso disponía de una especie de tampones acolchados, que protegerían los ojos en ei momento en

que empezasen a funcionar los sistemas de deceleración. De lo contrarío, corría el riesgo de que sus ojos saltasen literalmente fuera de las órbitas, como sabía se había producido en más de un caso.

Harriman ocupaba ya su puesto. Mallory tenía la mano apoyada en los controles. Las teclas tenían una forma determinada, de modo que podía utilizarlas sin necesidad de mirar.

Antes de bajar los protectores de los ojos, miró hacia la pantalla. Se pregunto si tendrían tiempo de decelerar lo suficiente. El asteroide se hallaba a menos de veinte mil kilómetros de distancia. Pero era la única solución que les quedaba. No había nada efectivo contra la fuerza centrífuga.

Bajó los protectores oculares y presionó la tecla de frenado. Durante un segundo, no ocurrió nada.

Luego, los dos tripulantes de la patrullera GUVEI 5-4-2-7 creyeron que iban a morir.

CAPITULO II

Eran una serie de sensaciones indescriptibles, una agonía infinita, compuesta por millares de puntos dolorosos en todo el cuerpo, sometido a lo que parecía el más refinado de los tormentos. Delante de los ojos tapados de los dos tripulantes se formaron innumerables puntaos luminosos de todos los colores, mientras pensaban que el corazón y las demás vísceras iban a salírseles por la boca en cualquier momento.

El período de deceleración, sin embargo, duró breves segundos. Luego, Mallory y Harriman notaron un enorme alivio, cuando la nave adquirió una velocidad sostenida de 0’75 V. L. En aquellos agónicos momentos habían pasado de doscientos sesenta mil a doscientos veinticinco mil kilómetros por segundo. El misterioso asteroide orbitaba a doscientos cuarenta y nueve mil.

Mallory levanto los tampones protectores de los ojos. En el mismo instante, percibió un leve golpe en el costado derecho.

-¡Colisión! -gritó. La deceleración había sido insuficiente, pero tampoco podía haber hecho más. Una deceleración de mayor

Intensidad habría acabado con ellos, pese a la protección de los trajes antifrenado. La nave se ladeó ligeramente y empezó a desviarse hacia babor, a la vez que perdía altura con relación a Vega, de Sirio, estrella que les servía de horizonte y punto de referencia en su vuelo.

-Nos ha dado -dijo Harriman sombríamente.

L«Asteroide, volando a una velocidad superior en veinticuatro mil kilómetros por segundo, se alejó de la nave, pasando directamente ante su proa. Súbitamente, explotó en millares de fragmentos.

Mallory y Harriman se quedaron boquiabiertos.

-¿Cómo es posible...? -dijo el segundo, mientras contemplaba lo que parecía la total desintegración del colosal pedrusco.

-Posiblemente, una situación de equilibrio molecular inestable, que se ha roto con el choque, más bien roce -calculó Mallory-. Pero eso nos importa muy poco ahora -añadió-. Revisión de instrumentos, Tiny.

-Sí, ahora mismo.

Harriman presionó la tecla correspondiente. Los automáticos empezaron a funcionar. Segundos después, la computadora de comprobación de funcionamiento de los instrumentos, emitió su diagnóstico: AVERIADOS SISTEMAS DE PROPULSIÓN. HIPERMOTOR DE ESTRIBOR DESTRUIDO. SOLAMENTE ACTIVOS MOTORES DE EMERGENCIA.

-Muy divertido -gruñó Harriman-. Ahora sólo contamos con unos motores que no serían capaces de elevar mis botas a un metro del suelo.

-Exagerado -sonrió Mallory-. Esos motores nos permitirán el aterrizaje en algún lugar donde podamos esperar la nave de socorro. Bien, envía el mensaje correspondiente, mientras yo activo la computadora de proximidad.

Harriman empezó a actuar sin pérdida de tiempo. Pero no recibió respuesta.

-La radio subespacial está también averiada. ¿Cómo no lo ha señalado la computadora? -exclamó, furioso.

-Tendrá una avería parcial en el circuito correspondiente -dijo Mallory-. Ah, aquí lo tengo -añadió de pronto-. Un planeta, a seis

millones de kilómetros, tipo Cero Coma Ochenta y Seis Tierra. Lanza un par de satélites de llamada de socorro y déjalos en automático.

-Muy bien.

Harriman grabó la llamada. Momentos más tarde, dos esferas de metal, provistas de antenas largas de mas de diez metros, salían disparadas a ambos lados de la astronave.

Mientras, Mallory volvía a realizar una comprobación de averías. Había varios departamentos destruidos o con daños parciales, pero de gran consideración. Un pequeño satélite, provisto de cámaras de televisión, mostró un enorme desgarrón, de más de treinta metros de largo por dos de ancho, en el costado derecho. Algún afilado pico del asteroide había, rasgado el durísimo metal como si se tratase de un vulgar tejido de algodón.

Por fortuna, los mamparos estancos habían funcionado satisfactoriamente, debido a sus células fotoeléctricas, que habían activado los motores independientes de cierre. Debido a ello, no se había producido ninguna fuga de aire en el resto del aparato.

-Satélites de llamada de socorro en funcionamiento -anunció Harriman a los pocos minutos.

Mallory tenía la vista fija en el planeta localizado, que los instrumentos habían definido como 0'86 Tierra, lo cual significaba que era un planeta habitable, con un 14% menos de gravedad en su superficie. Y hacia allí se encaminaba la nave, que sólo podía moverse merced a los motores de emergencia.

Pero si Tos motores les permitirían aterrizar sin inconveniente, carecían, en cambio, de la potencia suficiente para el despegue. Y mucho menos para el regreso a la base, regreso que sólo podía hacerse contando con los hipermotores, uno de los cuales había sido destruido por la inesperada colisión con un misterioso asteroide, que se había destruido no menos misteriosamente.

* * *

Las naves de patrulla no tenían nombre: sólo un indicativo numeral. Cuando la GUVEI 5-4-2-7 se posó sobre el suelo, Harriman y

Mallory no pudieron por menos de exhalar un suspiro de alivio.

Los detectores indicaban una atmósfera normal. Los dos tripulantes contemplaron por unos momentos el panorama que se extendía ante ellos: hierba, vegetación, un cercano riachuelo, colinas próximas y montañas lejanas, con una llanura de color amarillento, cielo azul y nubes blancas moviéndose lentamente en las alturas. Un paisaje completamente terrestre, pensó Mallory.

La única diferencia estribaba en la gravedad, que allí era un 14% o menos que en la Tierra. Por tanto, se sentían algo más ligeros, como si hubiesen sometido a una cura de adelgazamiento. En todo lo demás, la situación era normal.

-Conecta el receptor -dijo Mallory-. Cuando reciban las señales de llamada, darán una respuesta.

-Sí -contestó Harriman.

Mallory se puso en pie. Antes de dirigirse a la esclusa, volvió a contemplar el panorama. Parecía un lugar muy apacible, pero no cabía excluir la posibilidad de fieras, por lo que se armó con una pistola paralizante. Tenía armas más poderosas, pero no le gustaba usarlas. La pistola paralizante podía convertir a un elefante en una estatua durante el tiempo necesario para escapar a su ataque.

Luego abrió la escotilla. El generador de emergencia seguía funcionando. Disponían de energía ilimitada. La escala se desplegó automáticamente.

Mallory bajó al suelo y dio la vuelta a la nave. El corazón le sangró al ver el enorme rasgón causado por el roce con el asteroide.

Harriman se le unió a los pocos momentos.

-Tiene las tripas al aire-dijo gráficamente.

Mallory movió la cabeza. Había algo Que no comprendía en absoluto. El asteroide había sido detectado demasiado tarde, cuando podían haber captado su presencia a no menos de cinco miñones de kilómetros. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba el fallo que los había enviado a aquel planeta que, según la carta estelar, estaba deshabitado?

El planeta tenía un nombre: Zaphor VI. Sin embargo, los datos sobre el mismo eran muy exiguos. Aunque resultaba agradable a

primera vista, a Mallory le habría gustado estar en la nave. Se habría sentido mucho más seguro. Presentía que su estancia en Zaphor VI no iba a ser fácil ni cómoda.

El tenía al cinto la pistola paralizante. Harriman, por su parte, se había armado con un viejo rifle de pólvora.

-Propongo una excursión de caza -dijo-. Tengo ganas de comer carne asada, carne natural, no sintetizada...

-Tiny, haz lo que quieras -respondió Mallory-, aunque te aconsejo esperar veinticuatro horas, hasta saber algo del Control Central.

-De todos modos, tardarán días en rescatarnos, Duff.

-Sí, pero conviene que no nos alejemos de la nave hasta que tengamos noticias de la Tierra.

-Como quieras, muchacho.

Mallory miró una vez más el desgarrado costado de la nave y meneó la cabeza con pesimismo.

-Para la chatarra -murmuró.

Tal vez podría salvarse el hipermotor de babor, pero el de estribor había quedado inutilizado, pese a su apariencia de normalidad. La colisión había interrumpido su funcionamiento bruscamente y ello, en una máquina tan potente, pero, al mismo tiempo, tan delicada, había resultado desastroso.

Por fortuna, el blindaje había resistido, por lo que no había riesgo de radiaciones nocivas. Al cabo de unos minutos, Mallory volvió los ojos hacia su amigo.

-Tiny, sospecho que este accidente va a tener consecuencias en nuestra carrera -dijo.

-Una nota desfavorable, en efecto -admitió Harriman sombríamente-. Porque, ¿quién se va a creer que no detectamos el asteroide hasta que lo teníamos a menos de cien mil kilómetros de distancia?

Sí, resultaría algo difícil de creer para los miembros de la comisión investigadora que se nombraría. Algunos incluso, acudirían a Zaphor VI para examinar la nave averiada. Pero su dictamen sobre la

actuación de los dos oficiales de la GUVEI no resultaría precisamente favorable

Con el ánimo más bien deprimido, volvieron a la nave y se prepararon algo de comer. Veinticuatro horas más tarde, comprobaron, con no poco asombro y un más acentuado pesimismo, la total ausencia de señales de respuesta a las llamadas de los dos satélites de socorro.

* * *

-Es inconcebible que no hayan recibido la llamada -dijo Harriman, casi furioso-. Esos satélites son muy buenos y pueden funcionar ininterrumpidamente seis horas para llamadas subespaciales y sesenta para llamadas en el espacio normal. Con sólo veinte segundos de funcionamiento, habría más que suficiente para que supieran lo que nos sucede. ¿Por qué diablos no nos contestan?

Mallory, más sensato, decidió que no era bueno dejarse llevar por los nervios.

-Tiny, envía una señal de comprobación -indicó. Harriman le miró un momento. Luego se acercó a uno de los paneles de control y pulsó varias teclas.

Esperó casi un minuto. Finalmente, una pantalla se iluminó y emitió un mensaje gráfico harto deprimente: SATÉLITES DE LLAMADA DE SOCORRO, INACTIVOS.

-¡Maldición! Eso no puede ser -bramó Harriman. -Puede ser -dijo Mallory tranquilamente-. En realidad, «es». No funcionan, no han funcionado en ningún momento, Tiny. Hazme un favor y envía otra señal, esta de precomprobación.

Harriman contuvo el aliento, porque comprendía las intenciones de su amigo. Volvió a golpear las teclas y aguardó treinta segundos.

La respuesta fue aún más sorprendente: SATÉLITES INACTIVOS DESDE SU EMBARQUE.

Harriman se pegó una sonora bofetada a sí mismo.

-¿Por qué diablos no lo comprobé, el embarcar? -rugió.

-Porque todos los patrulleros nos fiamos de la División de Operaciones, Escuadra de Verificación -respondió Mallory tranquilamente-. Cuando embarcas en la nave, alguien te dice que todo está en orden y tú lo aceptas como una cosa normal, como algo previsto en los reglamentos. El fallo, por tanto, no es nuestro, sino de los encargados de la verificación, Tiny.

-Sí, pero somos nosotros quienes pagamos las consecuencias...

-Y tal vez paguemos algo más.

-¿Cómo?

Mallory desconectó el sistema de control de los satélites de llamadas.

-Tal vez alguien nos envió a Zaphor VI deliberadamente -dijo con gran lentitud.

Harriman se sentía estupefacto.

-¿Quieres decir que...?

-Por ahora no son más que sospechas y no están dirigidas hacia nadie en particular. Pero estamos en Zaphor VI, un planeta teóricamente deshabitado y fuera de las espaciolíneas... de todas las espaciolíneas. Y si los satélites de llamada no funcionan, y nosotros no podemos enviar llamadas por la radio subespacial, debido a nuestra situación, ya me dirás tú quien va a venir en nuestra ayuda.

-Duff, tu tratas de decirme que nos han enviado aquí para dejarnos abandonados mientras vivamos -exclamó Harriman.

™ -No exactamente, aunque tampoco nos llorarán. Algunos, claro.

-Yo tengo madre. Ella sí me llorará...

-Mis padres también viven. Pero otros puede que se alegren de nuestra ausencia, acaso definitiva.

-Pero, no comprendo los motivos...

Harriman se interrumpió bruscamente. Había visto que su amigo miraba hacia determinado punto y volvió cabeza para ver qué había llamado la atención de Mallory.

Aquella cosa que bajaba del cielo le hizo lanzar una exclamación de sombro:

-¡Por todos los...! Duff, ¿qué es «eso»?

Mallory no le contestó, porque ya se precipitaba fuera de la cámara en busca de la escotilla. Harriman le siguió un instante después y ambos saltaron al suelo, justo a tiempo de ver descender con gran lentitud lo que parecía un enorme aerolito, casi tan grande como la nave de patrulla.

-Es increíble -dijo el gigante.

Mallory no se sentía menos asombrado. El pedrusco, de contornos irregulares, tenía una forma alargada. Casi parecía un huevo, con grandes entrantes y salientes y no medía menos de cuarenta metros de largo por veinte de grueso. Aquella masa colosal, que debía de pesar más de diez mil toneladas, calculó Mallory, descendía con la suavidad de una pluma. Al fin, se poso en a unos cincuenta metros de distancia de la nave.

Los dos terrestres callaban, estupefactos por el extraño fenómeno que les resultaba totalmente incomprensible. El tono general del pedrusco era rojizo oscuro, con algunas vetas plateadas, y todo él parecía envuelto en una tenue aura luminosa, de color dorado. Mallory, de pronto, concibió una viva sospecha.

-¡Tiny, detector de radiactividad! -exclamó. Harriman corrió hacia la nave, para volver segundos más tarde, con el contador Geiger en las manos. Al cabo de unos instantes, emitió su informe:

-Radiactividad nula. No hay peligro, Duff. Mallory dio un paso hacia adelante. -Vamos a ver...

En el mismo instante, el asteroide empezó a deshacerse en miles de fragmentos, ninguno de los cuales era mayor que un puño humano.

CAPITULO III

Se oyó un fuerte crepitar, mientras el pedrusco se desintegraba en multitud de trozos que caían por todas partes. A Mallory le pareció el ruido de la descarga de un camión gigante, cargado de grava.

Algo empezó a aparecer a los pocos momentos. Harriman sintió que se le salían los ojos de las órbitas. -¡Mira, Duff! -gritó, sin poder contenerse. Dentro del pedrusco había un gran cajón de algo que parecía metal oscuro, un tanto mate, sumamente pulido. Las dimensiones del cajón eran de cinco metros de alto, por diez de largo y seis o siete de ancho. Mallory entendió que era una obra humana. Seguramente, no terrestre, pero sí realizada por seres con inteligencia.

Las piedras acabaron por caer. Entonces, una fuerza extraña las apartó del cubo, en la parte situada hacia los dos astronautas. Así quedó una especie de camino abierto en dirección a la nave. Y, súbitamente, la pared orientada hacia ellos empezó a hacerse transparente.

Mallory y Harriman se sentían mudos de asombro. Aquella pared se convirtió en un cristal.

Y había alguien al otro lado.

Una mujer.

Joven, muy hermosa, de mediana estatura y cuerpo perfectamente formado. El pelo era negro, largo, suelto, y su piel tenía un color agradablemente tostado. Los ojos, verdosos, conferían a sus facciones un exótico atractivo, acentuado por los pómulos un tanto salientes.

La bella desconocida vestía sumariamente: sujetador, con dos cazoletas metálicas para cubrir sus hermosos senos, y pantalones cortos y ajustados a unas espléndidas caderas. Las piernas, largas y finas, quedaban al descubierto hasta medía pan tonina, debido a las botas de media caña que calzaba. Ella hizo un gesto con la mano y la pared de metal-vidrio pareció disolverse en el aire… Entonces, pudo salir fuera del cubículo en que había permanecido hasta entonces.

Lentamente, avanzó hacia los dos amigos.

-Hola -saludó con voz melodiosa-. Soy Nellen D’Vrai. Os agradezco infinito que me hayáis librado de esta cárcel.

Harriman no tenía fuerzas para hablar. Mallory, un tanto repuesto, carraspeó.

-Señora, su gratitud es superfina, puesto que no hemos hecho nada para librarla de lo que usted llama cárcel -manifestó-. Simplemente, estamos aquí, debido a que nuestra nave se ha averiado…

-Pero el asteroide en el que yo viajaba chocó con Vuestra nave. Gracias a esa colisión, he podido llegar hasta aquí -adujo la joven.

-Fue el asteroide el que chocó... -empezó a decir Harriman, aunque se calló casi en el acto, porque Mallory extendió una mano.

-Será mejor que nos presentemos -dijo-. Mi amigo se llama Tiny Harriman. Yo soy Duff Mallory.

-Tiny, Duff -repitió Nellen sonriendo-. Unos nombres cortos y agradables -añadió-. ¿Son muy grandes las averías de la nave?

-Lo suficiente para impedirnos el despegue -respondió Mallory-. Hemos enviado llamadas de socorro, pero los transmisores están también averiados.

-Oiga -exclamó Harriman-, ¿cómo es que viajaba dentro de ese pedrusco?

-Sería largo de contar -respondió la joven-. Por el momento, diré que estaba condenada a vivir eternamente dentro de este cubículo.

Mallory se estremeció.

-Un encierro perpetuo...

-Sí -confirmó Nellen-. Me acusaron de traición.

-¿Quién?

-Digamos que el gobierno de Sowyl XII, Cuarto Sistema de Vega.

-Sowyl XII -murmuró Mallory-. Ese planeta tiene relaciones con la Tierra, aunque no demasiado intensas, por lo que sé hasta ahora.

-Usted, una traidora... -exclamó Harriman.

-Eso dijeron y ésta fue la pena a que me sentenciaron -sonrió Nellen, a la vez que movía el brazo hacia el cubículo-. Tenía ahí de todo: agua, alimentos y hasta cintas grabadas con libros, música y canciones... pero debía vivir ahí eternamente.

-Nadie puede vivir eternamente, Nellen -dijo Mallory.

-Eso es muy cierto. La palabra eternidad significa algo que no tiene fin. Pero ¿qué se puede decir cuando una persona es condenada a vivir mil años o más en esa, tétrica celda?

Harriman se sintió espantado al oír aquellas palabras.

-¡Mil años! -dijo.

-Día mas o menos -contestó Nellen con sorprendente buen humor-. En Sowyl XII se castiga así la traición... por primera vez y para la primera traidora.

-¿Traidora al planeta o al gobierno? Conviene matizar el asunto -dijo Mallory.

-Ellos dictaminaron que yo era una traidora. No dijeron a qué o a quién. Y me castigaron a vivir mil años en ese cubículo.

-Pero... habría algún motivo...

-Sí.

-¿Podemos conocerlo?

Nellen vaciló.

-¿Dónde estamos? -preguntó.

-Zaphor VI, de Sirio.

-No conocía este planeta...

-Está deshabitado.

Nellen volvió a pasear la mirada a su alrededor. -Vuestra nave debe de tener algún bote auxiliar -dijo al cabo.

-Sí, aunque no lo hemos empleado, porque esperábamos la respuesta a nuestras llamadas de socorro -explicó Harriman.

-¿Qué radio de acción tiene ese bote?

-Unos doscientos mil kilómetros.

-Eso son casi cinco veces la vuelta a Zaphor VI.

-Sí, aproximadamente.

De repente, Nellen echó a andar y dio la vuelta a la nave. Mallory y Harriman, que no habían salido aún de su asombro, la siguieron.

Ella se detuvo ante el rasgón causado por el roce del asteroide.

Estuvo así unos instantes y luego se volvió hacia los dos terrestres.

-Podemos iniciar una exploración de Zaphor VI con el bote auxiliar. Cuando el combustible dé señales de agotamiento, podemos hacer un trasvase de energía al motor y continuar la exploración, si antes no hubiésemos dado con lo que busco.

Mallory parpadeó.

-Lo que busca -dijo-. Pero ¿qué es?

Nellen sonrió tristemente.

-El motivo de que en Sowyl XII se me considerase reo de traición -contestó.

* * *

Para Mallory había muchas cosas que constituían un enigma en la inesperada aparición de Nellen junto a ellos. Nellen sabía de la colisión con el asteroide, pero si el pedrusco en que había viajado era un fragmento de tal asteroide, muchas veces mayor en volumen y masa, ¿cómo había podido ver las cosas a través de decenas de metros de roca?

Y, además, hablaba perfectamente el idioma terrestre, y sabía que la astronave contaba con un bote auxiliar, en realidad, un aeromóvil subatmosférico... y había hablado también de un trasvase de energía, cosa que ninguno de los dos sabía hacer, porque, sencillamente, no sólo lo ignoraban sino que jamás habían hablado de una cosa semejante. Mallory sabía que se podía recargar de electricidad una batería agotada, pero la energía que accionaba el motor del bote era algo muy distinto. ¿Cómo sabía hacerlo Nellen?

Harriman se volvió de pronto hacia él.

-Duff, voy a alistar el bote -dijo.

Mallory movió una mano.

-Aguarda un poco, por favor -rogó-. Nellen, ¿podemos ver el interior de su cubículo?

-Claro -accedió ella, con la sonrisa en los labios.

Los dos hombres se situaron en sus flancos. Mallory se preguntó cómo iba a poder vivir una persona durante mil años en el interior de aquella cárcel de roca y metal-vidrio. Por muchas distracciones de que dispusiera, un milenio en aquel encierro debía de ser una tortura insoportable. ¿Tan grande era el pecado que había cometido?

Súbitamente, cuando ya se hallaban a unos treinta pasos de la entrada, se oyó un feroz alarido.

Mallory se volvió, no menos estupefacto que sus acompañantes. Harriman giró en redondo y soltó un juramento.

-¿Quién diablos fue el imbécil que dijo que este planeta no estaba habitado?

Mallory se sentía tremendamente desconcertado. Delante de ellos, una veintena de hombres de aspecto primitivo, cubiertos con pieles y armados con lanzas hechas de palos aguzados y gruesos garrotes, corrían hacia su encuentro, emitiendo aullidos capaces de helar la sangre en las venas del más animoso. Harriman maldijo entre dientes por haberse olvidado el rifle en la nave.

Sin embargo, Mallory contaba con su pistola paralizante.

-Nellen, ponte detrás de mí -ordenó.

La primera lanza voló por los aires. Harriman disparó su brazo y la atrapo al vuelo. Acto seguido, la devolvió a su dueño, cuyo cuerpo resultó atravesado de parte a parte.

Los trogloditas, estupefactos por aquella demostración, se detuvieron instantáneamente. Mallory aprovechó la situación para lanzar unas cuantas descargas paralizantes. Diez o doce individuos quedaron convertidos momentáneamente en estatuas, pero los restantes, pasado el primer momento de desconcierto, tornaron de nuevo a la carga.

En aquel momento, una lluvia de fuego cayó de las alturas.

Parecían llamas líquidas, tan grandes como la palma de la mano, que descendían con repetidos chirridos. Cuando alcanzaban a un troglodita, se producía una detonación chasqueante y el hombre se convertía en humo.

Diez segundos más tarde, sólo una veintena de manchas negras señalaban el paso de los hombres primitivos por aquel lugar. El aire hedía horriblemente a carne quemada, pero ya no quedaba el menor rastro de aquellos desdichados.

Mallory alzó los ojos. Una extraña nave, de forma lenticular, descendía lentamente hacia ellos.

-No sé quiénes son -dijo Harriman-, pero, cuando desembarquen, les besaré los pies.

-Son unos asesinos -exclamó Nellen violentamente-. Podían haber paralizado a esos pobres desgraciados, pero no, han tenido que matarlos, convirtiéndolos en cenizas. Hay personas que disfrutan matando a sus semejantes... y esos pobres trogloditas no tenían la suficiente capacidad mental para saber con exactitud lo que estaban naciendo.

-Nellen, sean quienes sean los que enviaron la lluvia de fuego, nos han salvado -exclamó Harriman-. Y lo demás, me importa...

Calló bruscamente.

Algo descendía de la nave. Era un globo grisáceo, translúcido, de unos dos metros de diámetro. Su velocidad de descenso era ligeramente superior a la de la nave.

El globo explotó de pronto, con un suave «plop», cuando se hallaba a unos ocho o diez metros del suelo. Una nube de gas azulado se expandió instantáneamente.

Mallory percibió un extraño olor, suave, no demasiado desagradable, aunque tampoco agradable. El instinto le hizo sentirse receloso.

-¡Contened.la respiración! -gritó.

Pero ya era tarde.

Yacían inmóviles en el suelo, con todos los sentidos en perfecto estado, pero incapaces de mover siquiera los párpados. Mallory vio la nave que descendía posarse en el suelo y, a los pocos instantes, divisó dos figuras que saltan de su interior.

Los rostros de los sujetos resultaban invisibles, a causa de la máscara protectora de sus cascos. Mallory pudo advertir que llevaban

puestos trajes espaciales.

¿Acaso la atmósfera de Zaphor VI era nociva para los desconocidos?

Los dos hombres caminaban con paso tardo. Mallory adivinó que se movían en un ambiente de excesiva gravedad. No parecían armados, aunque sí llevaban en las manos sendos bastones de unos dos centímetros de grueso por unos sesenta de largo.

-Sí, son ellos -dijo uno de los desconocidos.

-Hay una mujer -manifestó el otro.

-De ella no nos dijeron nada. ¿Nos la llevamos?

un bastón se movió y apuntó hacia Mallory. El patrullero adivinó llegado su ultimo momento.

En fracciones de segundo comprendió el lanzamiento del globo de gas paralizante. Aquellos desconocidos no hablan querido cometer un error. Buscaban a alguien determinado. Si los que yacían inmóviles en el suelo no eran los buscados, se marcharían sin más. Pero los habían encontrado.

¿Por qué? ¿Quién los buscaba? ¿Quién deseaba su muerte?

De súbito, se oyó un agudo silbido.

Algo cruzó los aires velozmente. Mallory vio una enorme flecha clavarse en el cuerpo del desconocido, que atravesó de parte a parte. Casi en el acto, el traje espacial explotó como una pequeña bomba. Un cuerpo humano se convirtió en humo, mientras que su vestimenta se dispersaba en menudos fragmentos por todas partes.

La segunda flecha fue disparada medio segundo más larde y también se produjo el mismo fenómeno. El casco del desconocido dio unas cuantas vueltas en el aire y cayó sobre la rodilla izquierda de Mallory.

El dolor le hizo sentarse en el suelo. Entonces, con gran asombro, vio que había recobrado la libertad de movimientos.

Harriman se sentó también.

-Pero ¿qué diablos...?

Mallory hizo un esfuerzo y se puso en pie. Con otos llenos de pasmo, contempló a la persona que había disparado dos flechas con tanta oportunidad.

Era una mujer.

CAPITULO IV

Vestía con pieles: ceñidor pectoral y pantalón ajustado hasta los tobillos y, en la mano, llevaba un tremendo arco, de casi dos metros de altura. Ella misma medía un metro noventa, por lo menos, pero, a pesar de su gigantesca estatura, poseía una figura perfectamente proporcionada. En contraste con el color pajizo de sus cabellos, los ojos eran de intenso color negro.

El arco daba la sensación de tremenda potencia. En cuanto a las flechas, de casi dos centímetros de grosor, medían metro y medio de largo y tenían punta de piedra muy dura. Obsidiana volcánica, tal vez, pensó Mallory.

La cazadora llevaba también un, cuchillo de piedra, colgado del lado izquierdo de su cinturón de piel moteada. En sus ojos se veía un destello de orgullo y desafío al mismo tiempo.

-Yo, Vassia, he vengado a los que mataron a gentes de mi pueblo - declaró altivamente.

-Ah, te llamas Vassia -dijo Harriman-. Gracias por habernos salvado la vida.

-Esos extraños eran malos -calificó la recién llegada-. Y no es la primera vez que invaden nuestros territorios.

-Vaya, el que dijo que Zaphor VI estaba deshabitado tuvo una buena ocasión para callarse -comentó Mallory cáusticamente-. Vassia, ella es Nellen. Mi amigo se llama Tiny y yo soy Duff. También te doy las gracias por habernos salvado de una muerte segura.

-No lo hice por vosotros, sino por las gentes de mi pueblo. También vosotros sois invasores -contestó la nativa con aspereza.

-Lo siento, pero vinimos aquí involuntariamente. Si me dejases

explicarte las cosas, llegarías a saber que no queremos causarte el menor daño.

-Puedo explicárselo yo -sugirió Harriman, a la vez que avanzaba un paso.

De pronto, Nellen lanzó un agudo grito.

-La nave de los «G'Rick's»! ¡Se va!

Mallory airó la cabeza. Entonces se dio cuenta de que, distraído con los acontecimientos, la astronave de los desconocidos había permanecido quieta en el punto de aterrizaje, hasta el momento en que Nellen había advertido su despegue.

Cuando quiso hacer algo, era ya tarde: la nave lenticular se elevaba raudamente en el espacio. Unos segundos más tarde, se había perdido de vista.

-Lástima -murmuró-. Podíamos haberla utilizado para escapar nosotros. -Se volvió hacia Nellen-. Has pronunciado un nombre, referente a esos extraños. ¿Acaso los conoces? -inquirió.

-Sí. Eran «G'Rick's», nombre que se da a los naturales de G'Rickvia, Noveno planeta del Duodécimo sistema de Antares. Nunca los he visto en persona ni he hablado jamás con ninguno de ellos, ni siquiera a través de. la radio o la televisión, pero conozco sus características.

Nellen se inclinó y recogió un trozo de los trajea espaciales que habían llevado puestos los «G'Rick's» una palabra que sonaba como un tableteo muy corto. Mallory pudo darse cuenta de que lo que parecía tejido no era sino metal muy flexible y, con seguridad, de gran resistencia a las presiones.

-G'Rickvia es un planeta con una atmósfera densísima de metano y amoníaco, semejante al Júpiter de vuestro sistema solar. Aunque no es tan grande, la densidad de su núcleo es enorme, de ahí que sea un planeta con una gravedad diez veces superior al de la Tierra -explicó Nellen-. Por supuesto, los «G'Rick's» pueden desplazarse fuera de su planeta, pero deben embutirse en trajes que contengan una porción de su atmósfera. La dificultad de su caminar no estribaba en una falta de acomodación a esta gravedad, sino, precisamente, a la elevada presión de la atmósfera de sus trajes espaciales.

-Eso explica la exploración, pero no su transformación en humo -dijo Mallory.

-La presión interna de los trajes espaciales era superior a treinta atmósferas. El tejido metálico esta hecho para resistir a esas presiones, pero sus constructores no pensaron nunca que deberían soportar el impacto de una flecha.

-¿Una simple flecha ha causado esas explosiones?

Nellen sonrió, mientras se inclinaba para recoger una de las flechas caídas en el suelo.

-Ahí va -dijo, a la vez que la lanzaba al aire. Mallory la atrapó antes de que cayera al suelo. La flecha pesaba considerablemente. Era de una madera durísima, de fibras tremendamente compactas, y la punta de obsidiana daba la sensación de poder atravesar sin dificultad una plancha del mejor acero.

En un segundo comprendió que la potencia del impacto habla sido suficiente para causar en los trajes espaciales de los «G'Rick's» el mismo efecto que una bala en el neumático de un coche terrestre. La atmósfera en que los nativos de G'Rickvia debían moverse había explotado como una pequeña bomba y sus cuerpos, al hallarse en un medio ambiente que para ellos era prácticamente el vacío, se habían desintegrado en humo apestoso.

-Bien -dijo, mientras sopesaba la flecha especulativamente-, pero eso no explica por qué los «G'Rick's» querían matarnos. ¿Se te ocurre alguna idea sobre el particular?

Súbitamente, Vassia dio un paso hacia adelante.

-Será mejor que dejéis de seguir hablando. Sois mis prisioneros -declaró, tajante.

* * *

La sorpresa que las palabras de la nativa causó en sus tres interlocutores fue enorme. Mallory creyó por un momento que estaba soñando.

-De modo que tus prisioneros...

Harriman extendió un brazo.

-Calma, compadre -dijo-. Lo que acaba de decir esta guapa chica me recuerda el chiste del soldado, que avisó por radio a su jefe de que había capturado a cincuenta prisioneros él sólito.

Mallory ocultó una risita, porque conocía el chiste. Nellen, ingenuamente, preguntó:

-¿Qué le dijo el jefe al soldado?

-Pues... que se trajera a los prisioneros, pero el soldado contestó que no le dejaban. ¿Lo has entendido, Vassia?

La nativa frunció el ceño.

-Yo estoy armada -contestó, a la vez que se disponía a poner una flecha en la cuerda de su arco.

Pero entonces Harriman saltó hacia ella y le arrebató el arco y la flecha de un manotazo. Vassia, terriblemente furiosa, quiso sacar su cuchillo. Harriman le asestó un terrible derechazo en el estómago, dejándola sentada en el suelo, sin aliento y con los ojos llenos de lágrimas.

-Telefonea a tu jefe y dije que tus prisioneros no te dejan que los lleves a la tribu -exclamo irónicamente. Luego se inclinó y tomó el arco y una flecha-. Voy a hacer una. prueba -manifestó.

Mallory estaba seguro de que él apenas si podría curvar un arco tan potente, pero en manos de su amigo era solo un juguete de niño. Harriman tensó el arco al máximo y luego soltó la cuerda. La flecha partió con un impulso fabuloso. Mallory calculó que el máximo alcance estaba muy bien por encima de los quinientos metros.

-Una buena arma, sí, señor -comentó Harriman satisfecho. Luego miró oblicuamente a la nativa, que ya daba señales de empezar a recuperarse-. Vassia, ¿tú sabes dónde se puede encontrar carne fresca?. Sorprendentemente. Vassia se mostraba ahora con. gran mansedumbre. Mientras, una vez levantada, se frotaba el desnudo estómago con la mano, contestó afirmativamente a la pregunta del terrestre y añadió que estaba en condiciones de proporcionarle una buena presa.

-En tal caso, no se hable más -decidió Harriman-. Duff, tú resolverás las cuestiones técnicas con Nellen. Vassia y yo vamos a aportar unas cuantas razones de proteínas frescas. ¡Estoy de las enlatadas hasta más arriba de las narices! ¡En marcha, Vassia!

Mallory no acababa de salir de su asombro. Un simple puñetazo había convertido a la nativa en una fierecilla domada. Vassia, calculó, había debido de sentirse muy impresionada por un nombre que era mucho más fuerte que ella.

Segundos después, Mallory y Nellen quedaban a solas. -Bien -dijo el primero-, creo que es hora ya de que hablemos. Porque hay cosas que no entiendo aún claramente y que tu puedes explicarme, sospecho.

-Tal vez sí -contestó ella-. ¿Por dónde quieres empezar?

-Por el principio, por los motivos de tu traición.

-Antes de decirte nada sobre el particular, querría» enseñarte algo muy interesante. Sin embargo, no podré hacerlo, hasta que hayamos terminado la exploración que habíamos acordado.

-Eso puede tardar días...

-Las imágenes son más gráficas siempre que las palabras.

Mallory pensó que Nellen tenía razón. Y, por otra parte, ¿qué prisa había?

Estaban aislados, perdidos en un planeta oficialmente deshabitado, pero en el que vivían seres primitivos, en un estadio de civilización semejante al de la Edad de Piedra en la Tierra. Sin embargo, parecían expresarse con cierta corrección al hablar, al menos, si se juzgaba por el caso particular de Vassia, la gigantesca cazadora tan rápida y sorprendentemente amansada por su amigo Tiny Harriman.

-Muy bien, de acuerdo -habló al cabo-. Pero ¿qué me dices de los «G'Rick's»? ¿Por qué querían matarnos? Nellen se inclinó y recogió uno de los bastones caídos en el suelo. Después de examinar la empuñadura durante unos instantes, apuntó hacia un árbol.

Un rayo de luz deslumbrante brilló durante una centésima de segundo. El árbol se convirtió en una rugiente hoguera instantánea.

A continuación, Nellen manipuló en la empuñadura. Luego movió el bastón en semicírculo. Un pájaro que se movía a saltitos cerca de ellos se petrificó en el acto. -Depende de la intensidad de la energía liberada -dijo-. Tengo la seguridad de que no querían haceros prisioneros.

-Es decir, ese bastón puede matar...

-Y puede dejar inmóvil a un ser viviente durante un cierto período de tiempo. Tal vez vosotros sí hubierais muerto, pero ahora pienso en que ellos quizá querían llevarme prisionera a G'Rickvia.

-Acaso se han enterado de que has abandonado tu cárcel de piedra.

-Seguramente.

-Me gustaría visitarla. ¿Puedo...?

-Claro -accedió, sonriendo.

El cubículo tenía dos plantas, unidas por una escalera. Había una gran sala, con dos pantallas de televisión, cómodos sillones, un dormitorio y un baño. En uno de los extremos de la sala aparecía la dispensadora de alimentos.

Nellen, si tenías que vivir aquí -dijo Mallory minutos más tarde-, necesitabas una gran cantidad de alimento. Aunque sólo consumieras un kilo diario, son trescientos sesenta y cinco mil kilos por año, lo que supone trescientas sesenta y cinco toneladas para los mil años de condena, sin contar con una reserva para caso de una posible supervivencia. Si hablamos del agua necesaria, no sólo para beber, sino para la higiene personal, esas cifras resultarían enormemente superiores...

-Los alimentos estaban deshidratados y superprensados, en un depósito especial que se perdió con el impacto. En cuanto al agua, había un tanque con cien mil metros cúbicos, aparte de una máquina transformadora y conservadora, todo lo cual se perdió también en la colisión -respondió ella.

-Tú nos viste...

-Sí -admitió la joven.

-No entiendo. Entre tu cubículo y el exterior del asteroide había muchos metros de roca.

Nellen sonrió enigmáticamente.

-Encerraron mi cuerpo, pero no alteraron mi mente -contestó.

-¿Cómo?

-La estación energética era de gran potencia. Yo eliminé algunos aparatos que sabía eran superfluos y construí una perforadora.

-¡Fantástico! Pero ¿dónde echabas las materias que extraías?

-En un año se aprende a conocer bien la casa en que uno vive -sonrío Nellen-. Había trozos huecos en el interior del asteroide. Por otra parte, la perforadora funcionaba por descohesión molecular, lo cual facilitaba mi tarea. Me habían dejado también ropa de repuesto, con la que hice sacos...

-Eres ingeniosa -elogió Mallory-. Bien, pudiste perforar un túnel, pero no tenías traje espacial.

-Los instrumentos de medida me indicaron cuándo iba a llegar a la capa exterior. Entonces, conecté el sistema de polarización de las paredes y la roca se hizo transparente. Así pude veros poco antes de la colisión.

-Y el asteroide se deshizo en pedazos...

-Hice funcionar el ruptor de cohesión molecular con la máxima potencia. Sabía que lo quemaría, pero así me quedaba libre para poder gobernar el trozo de roca que contenía mi cárcel. Hacía tiempo que me preparaba para una eventualidad semejante; por tanto, no me resultó difícil conectar el mecanismo de orientación gravitacional que había ido construyendo durante mi encierro. Tarde o temprano, habría pasado por las inmediaciones de un planeta, aunque nunca sospeché que un día mi cárcel colisionaría con una astronave de la GUVEI.

Mallory respingo.

-Eh, Nellen, yo no he mencionado ese organismo) jamás -exclamó.

-En cambio, yo lo conozco -declaró ella sorprendentemente.

Mallory fijó la vista en la hermosa joven que tenía! frente a sí. ¿Qué misterios se encerraban tras el bello rostro de Nellen? ¿Tan grave había sido el delito cometido, que había merecido una pena de mil años de encierro?

Nellen, pensó, acabaría por explicar algún día ciertos enigmas que, por el momento, se presentaban como indescifrables. Pero ya lo haría ella por propia iniciativa.

-¡Un momento! -exclamó de súbito-. Si tú pudiste hacer que tu cubículo pudiera llegar hasta aquí, lo mismo podrás...

Ella hizo un gesto negativo.

-Sé lo que estás pensando -dijo-. Mi cárcel ya no se puede elevar en el espacio. Para llegar aquí, consumí hasta el último átomo de energía. En realidad, la maquinaria se paró apenas pude descohesionar la pared que me permitió salir al exterior. -Movió la mano circularmente-. Es ya sólo un trasto inútil -concluyó.

-Entonces, estamos condenados a vivir en Zaphor VI -dijo él con desaliento.

-¿Quién sabe? -sonrió Nellen-. Todo depende del éxito de nuestra exploración aérea... o de su fracaso.

-Vivir aquí no sería tan malo -musitó Mallory-. Pero hay cosas que debemos aclarar... que debo aclarar, por eso mismo me gustaría volver a la Tierra.

-Soy moderadamente optimista al respecto, Duff. Volverás a tú planeta.

-¿Y tú, Nellen? ¿Volverás a Sowyl XII? -preguntó él.

La joven suspiró hondamente.

-No lo sé -respondió-. Quizá no me guste volver al planeta en donde me condenaron por traición.

Hubo un momento de silencio. Mallory compadeció íntimamente a la muchacha. Debía de ser horrible permanecer eternamente exiliado de la tierra en que se había nacido, pensó. Pero, de repente, recordó algo que se le había pasado por alto.

-Nellen, ahora que estás libre, ¿vivirás también mil años?

Ella sacudió la cabeza.

-No. Mi existencia tendrá una duración normal, salvo un accidente imprevisible. -Señaló los escombros que rodeaban al cubículo-. Eso era lo que alguien llamó piedra de la Eternidad y ya ha sido destruida y sus efectos prolongadores de la existencia no influyen sobre mi organismo.

Mallory pensó que Nellen, lógicamente, se sentía muy pesimista. Pero su pesimismo no estaba causado por saber que iba a vivir una existencia normal, sino por la ausencia del mundo en que había nacido.

Movido por un extraño presentimiento, se inclinó y guardó en un bolsillo un trocito de roca que días atrás había formado parte de un asteroide.

CAPITULO V

Al atardecer, volvieron Harriman y Vassia. Traían una res descuartizada, parte de la cual pusieron inmediatamente sobre el fuego que Mallory había encendido ya. Harriman se frotaba las manos por anticipado, pensando en el atracón de carne asada que se iba a dar.

Harriman observó que su compañero estaba solo.

-¿Dónde se ha ido Nellen? -preguntó.

Mallory señalo hacia la nave.

-Está ahí, con la computadora -respondió.

-¿Con la comp...? Pero ¿es que sabe manejarla? -se asombró el gigante.

-Sí.

-Esa chica es una maravilla. Y la habían encerrado para toda la eternidad. Bueno, una eternidad relativa... Duff, ¿se puede saber qué clase de cálculos está haciendo Nellen?

-Trasvase de energía, Tiny.

-No entiendo absolutamente nada. Nosotros podemos conectar al bote auxiliar un cable eléctrico y rescatar alguna batería, pero eso es todo. No sé cómo diablos va a trasvasar una energía de unos motores inutilizados...

-El hipermotor de babor está en buenas condiciones -le recordó Mallory.

Harriman lanzó una mirada hacia la nave, cuya panza quedaba a tres metros escasos del suelo.

-Puede sacarse -dijo-. Hay un sistema de poleas para cada

hipermotor, pero no podremos moverlo, porque su altura es de cuatro metros. Mallory enseñó sus manos. -Ella dice que puede hacerlo -contestó. El gigante lanzó un bufido.

-Voy a ocuparme del asado o me volveré loco -rezongó-. Yo soy fuerte, pero ni se me ocurriría siquiera empujar la nave hacia arriba...

Un foco se encendió en aquellos instantes sobre la escotilla y su luz cayó sobre el campamento. Nellen. apareció en el umbral.

-Creo que he resuelto el problema -anunció. -¿Qué problema? -preguntó Mallory. -El de levantar la nave, para extraer el hipermotor utilizable. Pero sólo lo haremos cuando se haya agotado el combustible del bote auxiliar.

Mallory y Harriman cambiaron una mirada. El segundo alzó los ojos al cielo.

-Hace mucho tiempo que no rezo mis oraciones, pero creo que ahora voy a hacerlo -dijo melodramáticamente.

Nellen se echó a reír.

-No te preocupes, todo saldrá bien -aseguró. De pronto, husmeó el aire-. ¡Mmm...! Eso huele maravillosamente. ¿Qué es, Tiny?

Harriman volvió la cabeza hacia los dos enormes trozos de carne que daban vueltas lentamente en el improvisado asador y de los que Vassia se ocupaba con infinito cuidado.

-Pues... no lo sé con exactitud, pero tenía el aspecto de una ternera terrestre, se movía como una ternera, mugía como una ternera...

-¡Y sabrá a ternera asada! -exclamó Nellen alegremente-. ¡El tiempo que hace que no la pruebo!

-¿Dónde has comido tú ternera asada? -preguntó Mallory lleno de asombro. -En la Tierra, naturalmente.

El bote auxiliar se movía a unos dos mil metros sobre la superficie de Zaphor VI, manejado por las firmes manos de Nellen, cuya vista, más que en el suelo, estaba fija casi constantemente en una pequeña pantalla situada sobre el panel de mandos. Era un extraño aparato, que ella misma había construido, con partes de otros instrumentos que no iban a poder ser utilizados en la astronave, pero cuya utilidad se había negado a explicar por el momento, pese a la insistencia de

Mallory. La pantalla, aunque encendida, no ofrecía ninguna señal. Si era un detector, se decía Mallory, no captaba rastro alguno de la misteriosa cosa que buscaba la muchacha.

Harriman y Vassia estaban situados en los asientos posteriores. La nativa, muy asustada al principio, se había habituado finalmente a hallarse en el interior de su aparato que se movía por los aires. Mallory celebraba la rápida capacidad de adaptación de Vassia, Sin embargo, seguía muy intrigado, porque en el Anuario Galáctico que formaba parte de la documentación de a bordo se decía que Zaphor VI estaba deshabitado, al menos, por seres inteligentes.

Pero habían encontrado humanos. ¿A qué se debía aquel fallo en un libro, cuyas anotaciones, derivadas de los viajes de exploración, eran corregidas constantemente? Mallory recordaba muy bien que les habían entregado el Anuario con los últimos datos, poco antes de embarcar para su misión.

Por tanto, ¿cómo había sido posible aquel fallo? ¿Quién era el culpable?

Las preguntas se amontonaban en su mente y no era capaz de responder sino a una mínima cantidad que no le resolvían los problemas planteados. Sobre todo, si se pensaba que Nellen podía darle muchas respuestas, pero, por el momento, prefería eludir el tema.

La velocidad del bote no era demasiado elevada, unos doscientos cincuenta kilómetros a la hora. Mallory calculó que para consumir todo el combustible necesitarían treinta y tres días, si Nellen no aumentaba la velocidad. Pero, de pronto, notó que ella aceleraba a la vez que accionaba los mandos de altura.

En pocos minutos, el bote alcanzó unos nueve mil metros de altura, mientras se desplazaba a 0’95 Mach, es decir, rozando los límites de la barrera del sonido, a poco más de mil cien kilómetros a la hora. El consumo de combustible se acentuaba por tanto de forma considerable.

La tierra se deslizaba bajo ellos vertiginosamente. Ahora, pensó Mallory, al mismo ritmo, los tanques de combustible quedarían vacíos en poco más de una semana.

De pronto, Nellen hizo un gesto de desaliento.

-Nos va a costar mucho -dijo.

-¿Qué nos va a costar? -preguntó Harriman, situado directamente detrás de ella.

-Encontrar el medio de salir de aquí. Sé que hay una... forma... pero Zaphor VI está muy alejado de mi.mundo y no puedo recordar con exactitud...

Una vez. más, la muchacha se interrumpió, sin querer dar explicaciones completas.

-Bien -dijo Mallory-, supongamos que no encontramos ese medio de salir de aquí. ¿Qué haremos entonces?

-Levantar la nave, extraer el hipermotor y trasvasar su energía al de este bote.

-Ya -exclamó Harriman sarcásticamente-. Levantar la nave. Con un dedo, claro.

-Con un dedo, no, pero puede que sí con una mano -respondió ella, sin inmutarse por las burlonas palabras del gigante.

-Es una maga, Duff. Lo hará -rió Harriman.

-¿Por qué no? Cosas mucho más importantes ha hecho -respondió Mallory confiadamente-. Nellen, estamos volando a nueve mil kilómetros. Desde esta altura, ¿qué campo cubre tu detector?

-Diez kilómetros. No me atrevo a subir más, porque la respuesta resultaría muy débil y no se reflejaría en las pantallas.

-Diez kilómetros -repitió él- Entonces, para cubrir una faja de cien, tendremos que hacer diez veces el mismo recorrido, en sentido paralelo al primero... cien veces para una banda de mil kilómetros... Zaphor VI es casi tan grande como la Tierra, Nellen; podemos pasarnos la vida buscando algo que desconocemos...

-Tardaremos, pero lo hallaremos -aseguró la joven con firme acento-. Sobre todo, si piensas que sólo volaremos por determinadas zonas, sin que sea necesario cubrir toda la superficie del planeta.

Harriman se levantó.

-Voy a preparar café -dijo, con los labios abiertos. Mallory se dio cuenta de que su amigo estaba a punto de explotar y temió que un exabrupto de cólera pudiera complicar aun más la situación. Pero, por

fortuna, Harriman logró calmarse y no se materializaron sus temores.

Al atardecer, regresaron al campamento, siguiendo otra ruta. En total, aquel día, habían cubierto unos doce mil kilómetros, sin obtener el menor resultado. Harriman anunció que se quedaría al día siguiente en tierra, con la nativa.

-Necesitamos carne fresca -dijo, para justificar su decisión.

* * *

Los días iban pasando lentamente. Hora tras hora, día tras día, recorrían el planeta a la misma altura y a la misma velocidad. Mallory contemplaba el indicador de combustible, cuyas cifras aparecían cada vez más bajas. Al fin llegó el momento en que se dijo debía comunicar a Nellen la situación actual.

-Ya lo sé -contestó ella-. Me he pasado toda la noche en claro, diseñando el mecanismo que ha de levantar vuestra nave. Tenerlo listo nos costará una semana.

-Bien, pero, ¿puedo saber cuál es ese mecanismo? -Una palanca, claro. Mallory se quedó estupefacto. -Una palanca... ¡Pero la nave pesa doscientas toneladas o más! -barbotó.

Nellen se volvió y le dirigió una sonrisa encantadora. -Duff, creo que en tu planeta hubo en cierta ocasión un sabio que pronunció una frase que se ha hecho clásica: «Dadme un punto de apoyo y una palanca, y moveré la Tierra». ¿No es cierto?

-Arquímedes, claro... Pero... por todos los diablos, se necesitaría una palanca de varios cientos de metros de longitud, más el punto de apoyo...

-Todo eso está solucionado -contestó ella. Mallory se dio cuenta de que Nellen hablaba con absoluta seguridad en sí misma. De pronto, pensó que era una situación muy divertida. Sí, resultaría divertido ver cómo levantaba la nave con una palanca.

-Todavía queda combustible para unos veinte mil kilómetros de exploración, pero prefiero reservarlo para las maniobras que inevitablemente habremos de realizar con el bote -añadió Nellen a los

pocos instantes.

Al atardecer, cuando regresaban al campamento, Nellen señaló algo a unos cinco kilómetros de distancia del punto de aterrizaje.

-Mira -dijo-, los elementos para la construcción. de la palanca.

La navecilla volaba ya a unos trescientos metros del suelo. Mallory divisó un enorme bosque, compuesto por árboles semejantes a los pinos terrestres, ninguno de los cuales medía menos de cuarenta metros de altura.

El grosor, de los troncos superaba, en algunos casos, los tres y hasta cuatro metros. Casi parecían secoyas californianos.

-Necesitaremos una veintena -manifestó ella.

-Pero, no tenemos sierras... ni medios de transporte.

Nellen, impaciente, dio una patadita en el suelo.

-Eres un nombre de muy poca imaginación -exclamó, irritada-. Tenernos este bote, capaz de soportar una carga de treinta o cuarenta toneladas, tenemos los bastones desintegrantes... ¿Es que no sabes emplear tu cerebro?

-Bueno, bueno, no te enfades -dijo él, conciliador-. Puede que yo sea hombre de poca imaginación, pero tú no te distingues precisamente por tu locuacidad. Aún no conozco ni la décima parte de tus planes y, francamente, me gustaría conocerlos. A menos que no confíes en mí, claro.

-Aún es pronto -insistió ella una vez más.

Harriman se quedo mudo de asombro cuando conoció el plan de la joven al anochecer. Pero, después de unos minutos de reflexión, declaró que era perfectamente realizable.

-Yo me encargaré del trabajo -anunció.

Al día siguiente, muy temprano, partió hacia el bosque, acompañado de Vassia, cuya fortaleza física podía resultarle muy útil. Al atardecer, con varios troncos, cortados adecuadamente, habían preparado un gigantesco caballete, que situaron justo bajo la proa de la nave, en un punto donde el casco quedaba separado unos ocho metros del suelo, debido a la curvatura de su trazado.

La siguiente etapa consistió en cortar un tronco de unos treinta metros de largo, completamente despojado de sus ramas. La base fue situada entre el caballete, como punto de apoyo, y el casco de la nave. Así tenían una palanca, pero era todavía demasiado corta para producir los efectos deseados.

Un segundo tronco fue situado sobre el primero. Desde el suelo, Nellen disparó una serie de descargas con su bastón desintegrante, a media tensión. Los troncos parecieron a punto de arder, pero, al final, quedaron unidos en uno solo.

-Es como si hubiese fundido los puntos de empalme -explicó ella a sus asombrados espectadores.

Cada día eran transportados nuevos troncos y unidos a los anteriores por el mismo procedimiento. El décimo día, la palanca, inclinada respecto del suelo en un ángulo de tres grados, alcanzaba ya una longitud muy cercana a los trescientos metros. El extremo opuesto se hallaba a unos cincuenta metros de distancia del suelo. -Dos troncos más y la palanca quedará lista - aseguró Nellen.

Mallory no se había recobrado todavía de su estupefacción. El bastón capturado a los «G'Rick's» parecía tener múltiples usos. Teóricamente, aquella palanca, hecha de un gran número de troncos empalmados por soldadura, debía curvarse, debido a su misma longitud, pero Nellen le había proporcionado una indudable rigidez, mediante sucesivas descargas petrificantes, que la hacían permanecer casi completamente recta. Ahora, pensó, solo faltaba la mano que la accionase para levantar la nave lo suficiente, de modo que se pudiese hacer descender el hipermotor del que se iba a trasvasar la energía al bote.

-¿Dónde está esa mano? -preguntó. Nellen sonrió. Pero, de súbito, la sonrisa se congeló en sus labios y sus ojos expresaron una viva alarma. -¡Vuelven los «G'Rick's»! -exclamó.

CAPITULO VI

Una nave, de forma lenticular, descendía lentamente p hacia un punto situado a menos de cien metros del campamento. En aquellos momentos, Mallory y Nellen se hallaban solos. Harriman y la nativa habían salido en busca del último tronco necesario para la

construcción de la palanca.

Mallory se precipitó hacia uno de los bastones capturados. Nellen le detuvo con un gesto.

-Es inútil -dijo-. Sus trajes están protegidos contra esa clase de descargas.

-Pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados -alegó él con singular vehemencia.

-No disponemos de armas lo suficientemente poderosas para contrarrestar su ataque -respondió la joven, presa de una singular vehemencia.

La nave se había posado a pocos metros del suelo y permanecía suspendida en el aire. Una escalerilla se desplegó y por ella descendieron cuatro sujetos vestidos con aquellos trajes espaciales que más parecían armaduras medievales.

Mallory pensó con desesperación en el arco de Vassia, pero la nativa no lo abandonaba un solo instante y lo llevaba consigo a todas partes. Los bastones, pensó, resultarían inútiles para traspasar los trajes espaciales de los «G'Rick's», pero una flecha...

De súbito, recordó el rifle a que tan aficionado era su compañero. Inmediatamente, echó a correr hacia la nave, pero apenas había dado una docena de pasos, un rayo de luz deslumbrante chocó contra el suelo, a dos metros por delante de él, parándolo en seco.

-Quieto -dijo alguien con voz metálica, chirriante.

Mallory se inmovilizó en el acto. Delante de él, se elevaba una columnita de humo. Aterrado, vio que la hierba había desaparecido. La tierra del suelo estaba vitrificada.

Los «G'Rick's» estaban parados en hilera a una docena de pasos. Y los cuatro estaban armados con aquellos bastones de terroríficos efectos.

A Mallory le pareció hallarse delante de un pelotón de ejecución. Alguien daría una orden y, al segundo siguiente, Nellen y él se convertirían en humo.

«Menos mal que será una muerte indolora», pensó resignadamente.

Uno de los bastones señaló de pronto hacia la muchacha.

-Tú, ven -dijo el «G'Rick's»,

Mallory adelantó un par dé pasos.

-Ella no...

Su protesta quedó instantáneamente cortada por una descarga que quemó el suelo delante de sus pies.

-Tu no nos interesas -dijo el sujeto-. Ni tu compañero ni la mujer que lo acompaña. Es ella la que debe venir con nosotros.

-Pero ¿por qué? Al menos, me gustaría conocer los motivos...

-No hay respuesta. ¡Vamos!

Nellen se volvió hacia el terrestre.

-Adiós, Duff -dijo, con los ojos Henos de lágrimas.

Mallory adivinó lo que iba a suceder.

-Te meterán de nuevo en otra cárcel asteroidal -murmuró.

-Creo que sí. No han perdonado mi... traición.

Los puños del joven se crisparon de impotencia. ¿Tan terrible era el pecado cometido por Nellen?

-Pero ellos no son de Solwy XII-alegó.

-Tienen la fuerza -respondió Nellen tristemente.

Y avanzó hacia los «G'Rick's».

El que parecía ser el jefe apuntó a Mallory con su bastón.

-Supongo que tienes armas en la nave. No intentes usarlas contra nosotros o ella perecerá -advirtió.

Mallory permaneció inmóvil. El «G'Rick's» había adivinado sus intenciones. Entrar en la nave y salir con el anticuado rifle de pólvora hubiera sido cuestión de segundos. Pero la amenaza recibida lo reducía a la inmovilidad.

-¡Nellen, iremos a buscarte! -gritó.

Uno de los captores se volvió.

-Será inútil. No la encontraréis jamás. Está condenada a la eternidad. Y debe cumplir su sentencia.

El corazón de Mallory sangró al imaginarse a Nellen encerrada de nuevo en un cubículo de doscientos cincuenta metros de capacidad, vagando por el espacio durante siglos... Tal vez sabían ahora lo que ella podía Conseguir y la privarían de numerosos instrumentos que le permitieran escapar por segunda vez... No, ahora no cometerían un nuevo error, pensó, muy deprimido.

Los «G'Rick's» y su prisionera se acercaban ya a la nave de forma lenticular. De repente, la situación cambió de una forma radical.

Harriman y Vassia regresaban en aquellos instantes con el último tronco necesario para la construcción de la palanca. El tronco, sostenido por dos cables, colgaba del bote, a unos seis o siete metros de su panza. Medía casi cuarenta metros de largo por tres de diámetro. Era un magnífico ejemplar.

Desde la cabina de mando, Harriman advirtió en el acto lo que sucedía. Vio a Nellen escoltada por los «G'Rick's», vio a Mallory parado junto a la nave inutilizada y se imaginó la situación sin la menor dificultad.

-Esos metanoides... -masculló.

Avanzó una palanca y movió otra. El bote perdió altura instantáneamente, a la vez que adquiría una mayor velocidad.

-Agárrate bien, Vassia -gritó Harriman.

En el suelo, Mallory divisó el bote y adivinó lo que iba a suceder.

-¡Nellen, corre! -gritó.

La muchacha vaciló. Alzó la cara y vio también el bote, lanzado hacia adelante con furia vengadora. Los «G'Rick's», desconcertados, vacilaron.

-¡Nellen, no te estés quieta! -insistió Mallory a voz en cuello.

La joven echó a correr. Un segundo más tarde, el enorme tronco, a modo de ariete, golpeaba la nave extraña justo en el borde.

El artefacto, sacado bruscamente de su equilibrio, empezó a voltear

lentamente en el aire. Harriman hizo que el bote se elevase y viró, para lanzar un segundo ataque.

Pero ya no era necesario. Súbitamente, la nave «G'Rick's» volteó en el aire y se desplomó en vertical hacia el suelo. Cuatro torpes tripulantes quedaron aplastados instantáneamente por aquel peso de varios cientos de toneladas.

* * *

Harriman se apeó del bote y contempló la nave panza arriba. Mallory tenía a Nellen en sus brazos y procuraba consolarla, después de los terribles momentos de tensión a que se había visto sometida.

-¿Por qué ellos? -preguntó Mallory-. ¿Por qué no f gentes de tu propio pueblo?

-No lo sé -contestó Nellen. con la cara escondida f en el pecho del terrestre-. Tal vez se ha firmado un tratado de alianza entre mi planeta y G'Rickvia... Quizá los que me condenaron no encontraron personas capaces de salir a buscarme... Simplemente, no puedo explicarlo...

-Tampoco importa demasiado -intervino Harriman bruscamente-. Lo que sí resulta interesante es que hoy mismo podemos acabar la palanca. Nellen, debemos reanudar el trabajo cuanto antes.

Ella se limpió las lágrimas con una mano.

-Está bien -contestó-. Vamos allá. Al día siguiente, muy de mañana, Nellen distribuyó el trabajo:

-Tiny, tú y Vassia sacaréis el motor de debajo de la nave. Le he puesto ruedas, de modo que no resultará demasiado difícil. Duff, tú te ocuparás del sistema de descenso. Yo accionaré la palanca. ¿Entendido?

Harriman sonrió ampliamente.

-Ya tengo ganas de verlo -contestó. Nellen subió al bote, que se elevó en el aire a los pocos segundos. Luego se dirigió hacia el extremo de la colosal palanca, situado a trescientos cincuenta metros, y se situó justamente encima.

-Ahora -gritó, a través de un transmisor individual. El bote se apoyó en la palanca. Nellen accionó el mando de descenso. Se oyó un ligero crujido, pero la palanca resistió. Poco a poco, el extremo empezó a ceder hacia abajo. La astronave se elevó lentamente, ante el pasmo de los dos terrestres. Para Vassia, como todo era nuevo, resultaba también completamente natural.

En el interior de la nave, Mallory estaba junto a la palanca que haría funcionar el motor auxiliar. El hipermotor estaba ya sostenido solamente por los cables. Nellen, en su bote, seguía haciendo presión con infinito cuidado. La astronave se elevaba centímetro a centímetro, mientras abajo, Harriman y la nativa, provistos de un cable, esperaban el momento preciso para tirar del hipermotor y sacarlo a terreno descubierto.

-Ya hay suficiente distancia -anunció Mallory súbitamente.

-Está bien -contestó Nellen-. Mantendré la presión hasta que indiques lo contrario.

Lentamente, el hipermotor fue descendiendo, hasta que las ruedas de su plataforma tocaron el suelo. Entonces, Harriman y Vassia, tiraron a una del cable. Centímetro a centímetro, las ruedas empezaron a moverse. Las colosales fuerzas de la pareja resultaban aumentadas en un planeta en donde la gravedad era un 14% menor que en la Tierra.

Mallory, en su puesto, vigilaba la operación.

-Prepárate, Nellen -dijo de pronto.

-Estoy lista -respondió ella, mientras mantenía la palanca en la misma posición.

El hipermotor estaba ya fuera. Súbitamente, se oyó un aterrador chasquido.

Mallory se sintió violentamente proyectado contra un mamparo, mientras la nave se ladeaba agudamente. En un instante comprendió que, a pesar de todas las precauciones tomadas por Nellen, la palanca había acabado por ceder y se habían roto en alguna parte.

Vassia gritó. El bote auxiliar dio un par de volteretas en el aire y antes de que su tripulante pudiera recobrar el control, se estrelló contra el suelo. La astronave, después de aquella terrible sacudida, volcó a un lado.

* * *

Gateando, con un tremendo chichón en la frente, Mallory consiguió salir de la nave. Harriman y Vassia se hallaban ya junto al bote. Tambaleándose, caminó hacia ¿líos. Cuando llegó a su lado, vio que Nellen yacía en el suelo, completamente inconsciente.

-¿Está...? -preguntó, con un hilo de voz.

Harriman tenía la cara apoyada en el pecho de la joven.

-No. Ha sufrido un fuerte golpe, simplemente, y ha perdido el conocimiento. Vassia, trae agua.

-Sí, Tiny.

La nativa echó a correr. Mallory contempló el bote con rostro sombrío.

-Será cosa de estudiar los desperfectos...

-No te molestes -cortó Harriman-. Ese trasto sólo sirve ya para la chatarra.

Mallory perdió el aliento. Cuando Harriman decía una cosa semejante, tenía sin duda sus razones. En apariencia, el bote estaba intacto, pero conocía sus delicados mecanismos, muchos de los cuales no tendrían reparación posible. Era un aparato construido para determinado género de operaciones, pero no para soportar el impacto desde cincuenta metros de altura, sin contar con que el motor, en aquellos instantes, empujaba «hacia abajo».

Lo extraño era que Nellen se hubiera salvado. Tal vez se debía a la protección dispensada por el asiento echado.

Vassia vino con un cubo lleno de agua. Mallory mojó un pañuelo y se lo pasó por la cara. Mientras, Harriman trataba de nacer revivir a Nellen. La joven sowylita emitió un profundo suspiro momentos más tarde.

-Pronto se habrá recuperado, aunque sería conveniente que permaneciese en reposo durante veinticuatro horas o más -dictaminó Harriman-. Puesto que no tenemos prisa, lo mejor es asegurarnos de

que no ha sufrido lesiones secundarias.

Mallory se mostró de acuerdo con lo expuesto por su amigo. Arrodillada en el suelo, Vassia friccionaba suavemente las mejillas de la muchacha. Harriman la contempló unos instantes y luego, sonriendo, se volvió hacia el joven.

-Bien, Duff, hemos perdido el tiempo. El bote está inutilizado y no podrá volver a volar. Adivino que te sientes muy pesimista, ¿no es así?

Mallory hizo un gesto de aquiescencia.

-Cierto -respondió lacónicamente.

-Bien, en tal caso te diré que yo no lo lamento tanto. Zaphor VI empieza a gustarme... en todos los sentidos. Y creo que he encontrado la compañera ideal, así que la vida de Robinson del espacio no va a ser tan mala como piensas.

Las cejas de Mallory se arquearon.

-Tiny, ¿quieres decir que tú y Vassia...?

-Sí, eso mismo -confirmó el gigante, con amplia sonrisa-. Vassia es mi pareja ideal y yo lo soy para ella. Viviremos aquí, cazaremos, pescaremos, un día nos dedicaremos también a la agricultura y, por supuesto, fundaremos una familia. Ella me ha dicho que los miembros de su tribu no son tan salvajes como pensamos y que acabaremos por entendemos con ellos. En ese caso, ¿qué más diablo» puede pedir un hombre?

-Es una pobre filosofía -refunfuñó Mallory.

-Como quieras, pero si empiezas a acordarte de Van Scharnag y de los «G'Rick's», la cosa no resulta tan disparatada como te imaginas.

-Los «G'Rick's» pueden volver, Tiny.

-Si nos alejamos de este depósito de chatarra, no podrán localizarnos. He visto en el bosque un Jugar ideal para construir una cabaña...

Nellen se había recobrado ya. Mallory se arrodilló a su lado.

-El bote ha quedado inutilizado -dijo-. Ya no podrá volar, el trasvase de energía no tiene ya sentido...

Ella se quedó pensativa unos instantes. Luego, sonriendo, contestó;

-Aún queda una solución, Duff.

-¿Una... solución?

-Sí. Mi cárcel.

El cubículo permanecía en el mismo sitio donde aterrizara semanas antes. Al día siguiente, Nellen, repuesta ya del golpe sufrido, se acercó al lugar donde había permanecido encerrada un año entero y abrió una puerta situada al fondo de la planta baja.

Durante unos minutos, estuvo completamente inmóvil, contemplando los mecanismos de propulsión del aparato. Mallory, a su lado, aguardaba en silencio.

Al cabo de un rato, Nellen se volvió hacia su acompañante.

-Haremos el trasvase de energía -dijo-. No podremos volar con tanta rapidez como con el bote auxiliar, pero, al menos, no nos estaremos quietos.

-Eso me parece muy bien -admitió él-. Pero ¿qué, ganaremos con ellos?

-Salir de Zaphor VI. ¿Te parece poco? -Hay alguien a quien este planeta le parece un lugar r estupendo para vivir.

-Es cierto. A mí tampoco me disgustaría... pero no podremos vivir en paz mientras no hayamos salido de él.

-¿Salir... para volver?

-Si lo deseas, sí. En caso contrarió, podrás quedarte en tu planeta...

-Nellen, estuviste viajando durante un año dentro de este cubículo. Por lo que veo, carece de hipermotores que le permitan viajar por el subespacio, ¿Sabes, o recuerdas, que la Tierra está a muchos años luz de distancia?

-Lo sé perfectamente, Duff.

-Aún no me has explicado...

-Por favor, sé paciente -sonrió la joven-. Escucha, para empezar, necesito una docena de metros de cable conductor de dos milímetros.

¿Hay repuestos en la nave?

-Si no los hay, se puede conseguir cable de muchos sitios.

-Tráelo, por favor.

Mallory dio media vuelta, decepcionado, aunque también resignado. Si Nellen les iba a sacar de Zaphor VI, valía la pena esperar para conocer el medio que iba a emplear en la operación.

Harriman y Vassia habían salido de caza. Volverían al atardecer, como era su costumbre. Mallory les había visto profundamente enamorados el uno del otro. Sí, serían felices en aquel planeta, pensó.

Posiblemente les daban ya por muertos, de modo que no cabía pensar en una acusación por desertores. Ahora bien, se dijo, ¿a quién convenía su muerte?. ¿legó a la nave y empezó a dar la vuelta para ganar la escotilla. Entonces, alguien se alzó delante de él, con una porra en las manos.

Enormemente sorprendido, Mallory trató de reaccionar, pero ya era tarde. La estaca golpeó su cráneo y le pareció que estallaba en mil pedazos. Luego, todo se hizo oscuro a su alrededor.

CAPITULO VII

Despertó, sintiendo un horrible dolor de cabeza, que iba y venía con lacerantes alternativas, como si alguien hurgase rítmicamente en el interior de su cerebro. Tardó algunos minutos en darse cuenta de que ello era debido a las sacudidas de su lecho.

Estaba acostado en un camastro hecho de ramas y hojarasca. Pero ¿por qué se movía tanto?

Quiso levantarse, pero no pudo. Estaba atado al camastro móvil.

Un minuto más tarde, supo la verdad.

No era un camastro. Se trataba de unas parihuelas, construidas con dos largos troncos, unidos por otros más pequeños, los cuales sostenían las hierbas y las hojas sobre las que se encontraba directamente. Y aquellas parihuelas, que medían unos cinco metros de longitud, eran transportadas por una docena de hombres que se

desplazaban con la velocidad de un caballo que se moviera a un galope corto.

Alzó la cabeza un poco; era todo lo que podía hacer. Resultaba fácil darse cuenta de que había sido capturado vivo, con algún fin que desconocía. Sus ligaduras estaban hechas de fibras vegetales, lo mismo que las que enlazaban el conjunto de troncos, pero ello no obstaba para una solidez a toda prueba. Acaso ni el forzudo de Harriman podría haberlas roto.

Lentamente, el dolor de cabeza se fue alejando, aunque no cesó por completo. Los hombres que le transportaban, evidentemente miembros de la tribu de Vassia, parecían infatigables. En ningún momento rompían o disminuían el ritmo de su marcha.

Mucho tiempo después, no habría sabido precisarlo, la comitiva se detuvo bruscamente. Pero la parada duró apenas unos segundos; lo suficiente para que otro grupo tomara el relevo y reanudara la marcha, con mayor brío si cabía que el de sus captores.

Las horas transcurrieron lentamente: A media tarde, se produjo el siguiente relevo. Resultaba obvio que su captura era fruto de un plan elaborado días o semanas antes. Empezó a pensar que él iba a ser el personaje t central de una sangrienta ceremonia, un sacrificio ritual... terminado tal vez con un banquete. «Y yo seré el plato fuerte», se dijo melancólicamente.

Era curioso. Entre Harriman y Vassia se había llegado a una profunda compenetración en todos los aspectos. Vassia no había hablado jamás de sacrificios rituales en su tribu y mucho menos de hábitos antropofágicos. En tal caso, deberían haberlo sabido ya; Harriman no se lo habría ocultado. Pero nunca había mencionado nada sobre el particular. ¿Qué era, pues, lo que pretendían hacer con él?

Poco antes de oscurecer, llegaron a la orilla de un anchuroso río. La distancia entre las orillas era superior a los dos kilómetros y la corriente era casi imperceptible. Sin pérdida de tiempo, los hombres que le transportaban pasaron a una singular embarcación, en la que ya aguardaban otros muchos, en número de veinticinco, por lo menos, y colocaron las parihuelas sobre la plataforma.

La embarcación se puso en marcha inmediatamente, movida por dos docenas de remos. Era una nave construida con dos gigantescos troncos ahuecados, unidos por una estructura de madera, que

sustentaba una vasta plataforma, situada a unos tres metros sobre el nivel de las aguas. Las proas de los troncos, afiladas como cuchillas, hendían el agua con singular facilidad.

Mallory pensó que iban a atravesar el río, pero se equivocaba. La embarcación alcanzó el centro de la corriente y empezó a navegar a su favor. La velocidad, a los pocos momentos, era notable.

Las horas transcurrieron con lentitud. Mallory acabó por dormirse. Las preocupaciones no iban a mejorar su situación.

Cuando despertó, era ya de día. Una hora más tarde, la embarcación se acercó a la orilla. Apenas efectuada la maniobra de atraque, doce nativos alzaron las parihuelas y echaron a correr por el llano, en dirección a una cadena de montañas, ásperas y desoladas, que se divisaban a unos diez kilómetros de distancia.

Mallory sentía hambre y sed, aunque sabía que de nada iba a servir pedir alimento y bebida. Y, bien mirado, si iba a morir sacrificado, calmar aquellas sensaciones no serviría de nada.

Sus porteadores ascendieron en zigzag por la ladera de una colina, en la que se había trazado un camino muchísimos años antes. De repente, desembocaron en lo que parecía un extenso cráter. En el mismo instante, se oyó un estruendoso clamoreo, procedente de centenares de gargantas. Mallory supo así que había llegado al lugar del sacrificio.

* * *

Las parihuelas fueron depositadas en el suelo. Un hombre, de notable estatura, ataviado con un simple taparrabos de piel y con una especie de báculo en su mano izquierda, hizo una señal. Dos cuchillos de obsidiana cortaron sus ligaduras.

-Levántate -ordenó el hombre.

Mallory hizo un esfuerzo. Después de tantas horas de inmovilidad, los pies, los músculos de sus piernas estaban rígidos, acartonados.

-Soy Azugh, el Jefe -declaró el nativo-. Tú eres Essamour, que significa «El-que-vino-de-las-estrellas». ¿No es así?

-En cierto modo, así es, aunque mi verdadero nombre...

-Te llamas Essamour -decretó Azugh.

Mallory se dijo que no convenía discutir por algo que carecía de importancia. Aunque hombre de mediana edad, Azugh conservaba todavía la potencia física de su juventud. Además, estaba el báculo, rematado en una bola facetada, hecha con el mismo material que los cuchillos y las puntas de flechas. Con un solo golpe, podía romperle el cráneo.

En torno a ellos, se agitaba una multitud de hombres y mujeres, todos vestidos con pieles. Había también ancianos y niños, pero permanecían en las últimas filas.

De pronto, Mallory se tambaleó.

-Estás débil -dijo Azugh-. ¡Heghia! -llamó.

Una joven nativa corrió con un cuenco de obsidiana en las manos. El recipiente contenía un caldo espeso, de color amarillento. Heghia se lo entregó, sonriendo amablemente.

Mallory bebió el caldo. Casi en el acto, se sintió mucho mejor. Era de sabor agradable y muy energético.

-Estoy listo -dijo-. ¿Dónde debo ponerme?

-¿Ponerte? ¿Para qué? -se extrañó Azugh.

-Bien, ahora me vais a sacrificar... Luego asaréis mi carne y me comeréis... Por favor, antes de degollarme, haz que me den un buen golpe en la cabeza. Así evitarás mis sufrimientos...

Azugh le miraba sorprendido. De pronto, rompió a reír estentóreamente.

Una explosión de carcajadas se produjo un segundo después. Cientos de hombres y mujeres reían alegremente, casi de una forma histérica. Mallory, asombrado, se preguntó si habría caído en un pueblo de dementes.

-Sacrificarte... Devorarte... -dijo Azugh, cuando hubo cesado en sus carcajadas-. Pero ¿qué concepto tienes de nosotros? No es que seamos muy civilizados, lo admito; sin embargo, jamás se nos ha ocurrido matar a otros, si no es en legitima defensa...

-Un momento -exclamó Mallory, que no sabia bien a qué carta quedarse-. Hace algunas semanas, un grupo de hombres de esta tribu nos ataco con flechas.

-No. Sólo pretendía intimidaros. En realidad, ya entonces queríamos capturar a uno de los vuestros.

-Entonces... ¿no era yo el elegido?

-Cualquier hombre-que-vino-de-las-estrellas puede ayudarnos -contestó Azugh.

Mallory se pasó una mano por la cara.

-Al menos podían habérmelo dicho por el camino -rezongó-. Y si hubieran solicitado la ayuda de otra forma, también la habríamos concedido.

-Todos los que componían el primer grupo murieron de una forma horrible. Hubo un observador que lo vio todo y regresó para contarlo. No sabíamos si ahora vosotros reaccionaríais de la misma forma -contestó Azugh.

-Nosotros no tuvimos que ver con aquellas muertes. Es más, los mismos sujetos que mataron a tus hombres, son nuestros enemigos. Nosotros también hemos tenido que defendernos de sus ataques en dos ocasiones.

-Y les habéis vencido.

-Así es.

-Entonces, sois muy poderosos.

-Pse... -Mallory fingió modestia. «¿Adonde diablos quiere ir a parar Azugh?», se preguntó, ya más tranquilo respecto de su futuro.

-Creo que hemos hecho bien en traerte, Essamour. -La mano del jefe se movió en semicírculo-. ¿Crees que éste es lugar para que viva un pueblo tranquilamente?

-Bueno, desconozco vuestras costumbres -respondió Mallory cautamente.

-Nos refugiamos aquí porque queremos evitar ser victimas del desaforado apetito del Viggar.

-¿El... Viggar? -repitió el terrestre.

-Sí. Significa La-Bestia-Gigante-que-devora-a-las-personas.

Mallory pensó instantáneamente en algún animal enorme, tal vez un oso de las cavernas, un tigre de dientes de sable... La valentía de los cazadores no era suficiente para combatir a una fiera de gran tamaño, supuso.

-Bien, pero... no tengo armas...

-Eres muy inteligente y poderoso. Tú derrotarás al Viggar. Una vez al mes, sale de su guarida y busca comida. Por eso hemos de refugiarnos en este hoyo, pero no siempre resulta seguro -dijo Azugh.

-Una vez al mes -murmuró Mallory-. Seguro que después duerme.

-Sí, pero no se le puede atacar, porque despierta inmediatamente. Hemos probado todos los medios y hasta ahora hemos fracasado. Mira, ¿por qué somos tan pocos? Cada mes mueren treinta o más de los nuestros, devorados por el Viggar.

Mallory se quedó aterrado. ¿Qué clase de bestia era aquella que se zampaba a treinta personas, como si fuesen simples granos de uva?

-Hace muchos años, el Viggar se contentaba con los animales de la selva. Pero éstos empezaron a huirle y nos buscó a nosotros para su alimento. Parece que le hemos gustado -declaró el jefe con macabro humorismo.

Mallory paseó la mirada a su alrededor. Cientos de rostros le contemplaban con singular expectación, con una luz de esperanza en sus ojos, confiando en aquel hombre-que-había-venido-de-las-estrellas y en el que habían depositado sus deseos de vivir pacíficamente.

-Haré lo que pueda -dijo al cabo.

Azugh sonrió ampliamente y empujó a la muchacha que tenía a su lado.

-Este será tu premio si matas al Viggar -declaró.

* * *

Heghia era muy hermosa, casi tan alta como él, robusta sin dejar de ser esbelta y en sus bellos ojos había un orillo amistoso hacia el terrestre. Mallory se dio cuenta de que ella no sentía el menor disgusto por ser considerada como un premio.

-Hablaremos de eso en mejor ocasión -dijo al cabo-. Pero no puedo hacer nada sin conocer al Viggar.

-Mañana podrás verlo -contestó Azugh-. De todos modos, piensa que es tan alto como cuatro de nosotros, puestos el uno encima del otro, y tan largo como para que un hombre necesite dar cien pasos o más desde la cabeza hasta la cola. Esta tiene una serie de espinas capaces de atravesar a dos hombres sin dificultad y en su lomo hay una cresta doble de salientes óseos. Los costados son muy duros, prácticamente invulnerables a nuestras flechas. Hemos intentado todo, pero siempre hemos fracasado.

Mallory pensó inmediatamente en alguna especie d animal antediluviano. Acaso un brontosaurio, un tiranosaurio de extraña conformación... pero, contra lo que conocía de tales bestias, carnívoro y no herbívoro como habían sido los gigantes de la Era Secundaria terrestre.

-Has dicho que tus flechas no pueden nada contra él -exclamó.

-Son nuestras únicas armas -declaró Azugh.

-¿Cuándo despertará?

-Antes de una semana. Y no siempre este hoyo es un lugar seguro para su voraz apetito.

Mallory hizo un gesto con la cabeza.

-¿Está muy lejos su guarida? -inquirió.

-Una jornada de distancia...

-Entonces, no hace falta que lo vea. Jefe Azugh, vamos a ponernos a trabajar inmediatamente.

En las pupilas del nativo surgió un destello de alegría.

-Sabía que lo conseguirías -dijo.

-Poco a poco. Aún no hemos cazado al oso, así que no pienses en vender la piel. ¿Puedes indicarme el camino que sigue para llegar

hasta aquí?

-Claro, ven, sígueme.

Azugh se dirigió hacia la salida del hoyo. Media hora más tarde, llegaban al pie de la ladera. La mano del jefe señaló un largo desfiladero, que conducía directamente al camino que llevaba al cráter.

Mallory estudió detenidamente el lugar. Pasados unos minutos, se volvió hacia Azugh.

-Empezaremos a trabajar inmediatamente -dijo-. Necesito todos los hombres y hasta todas las mujeres jóvenes y fuertes. Va a ser una tarea muy dura, pero creo que acabaremos con el Viggar.

CAPITULO VIII

Una semana más tarde, un lejano vigía se llevó las manos a la boca y emitió un penetrante grito.

Otro, situado más cerca, repitió el aviso. Sucesivos enlaces hicieron llegar la llamada al hoyo. Los nativos se pusieron en movimiento instantáneamente.

Mallory dormía y fue despertado en el acto. Aunque estaba rendido por una semana de trabajo incesante, durante la cual había dormido muy pocas horas, se despabiló instantáneamente y corrió ladera abajo, hacia el lugar donde casi un millar de personas habían desarrollado una frenética actividad en los días precedentes.

Con ojo crítico, revisó las armas que habían preparado. Todo estaba en orden, pensó, satisfecho. Luego disfrutó satisfecho al imaginarse su vuelta al campamento, subido en unas angarillas, que ya no serían de prisión, sino un trono triunfal. «El pavés del vencedor», se dijo, con orgullo que estimaba justificado.

A mediodía, se oyó un distante trompeteo.

-Ahí está -gritaron varías voces a un tiempo.

Los árboles de la llanura se movían y agitaban, sacudidos con terrible violencia por la fiera. Cuando la vio, Mallory creyó que

soñaba.

Tal vez Azugh se había quedado corto al describir su tamaño. Mallory calculó que no tenia menos de doce metros de altura, desde las enormes patas, a la cruz. Su longitud alcanzaba holgadamente los ciento veinte metros. Las espinas de la cola brillaban como espadas del mejor acero. Las placas óseas dorsales chasqueaban terroríficamente a cada zancada.

Por fortuna había actuado precavidamente. Las armas construidas, ya que no inventadas, eran las adecuadas para combatir a un monstruo de semejante tamaño.

El Viggar se acercó al trote, pero su velocidad era muy superior a la de un pura sangre al galope. La tierra retemblaba a su paso. De cuando en cuando, abría la enorme bocaza y emitía un aterrador trompeteo. En cierto modo, era una lástima tener que destruir un ser de tan interesantes características, acaso ejemplar único de una especie al borde de la extinción… pero así había sucedido en la Tierra millones de años antes.

El hombre tenía la primacía sobre los demás seres vivientes. Era preciso conservar las especies pacíficas y destruir o, por lo menos, neutralizar las nocivas. Si aquella bestia hubiera sido herbívora…

Pero era preciso pensar en las treinta o más personas que el Viggar necesitaba mensual mente para sobrevivir. Parado, en pie junto al borde de la meseta por cuyo centro pasaba el pequeño desfiladero, Mallory aguardaba el momento de dar la señal para iniciar el combate.

Cientos de pares de ojos estaban fijos en él. De pronto, el Viggar penetró en el paso.

La bestia avanzó velozmente hacia la salida del desfiladero. Unos segundos después, Mallory bajó la mano.

Un hacha de obsidiana cortó la cuerda que sostenía otra cuerda, tensa en una gigantesca ballesta, que se disparó instantáneamente. La primera flecha, larga de cinco metros, con una punta de piedra durísima, y de diez centímetros de grosor, voló silbando por los aires y se hundió profundamente en el anca derecha de la bestia. Al mismo tiempo, una segunda ballesta, situada en el borde opuesto, lanzaba también su saeta, de las mismas dimensiones.

El proyectil se hundió en la base del enorme pescuezo de la bestia,

que emitió un horripilante trompeteo al sentir el dolor de las heridas. Pero no por ello refrenó su marcha.

Sucesivamente, más ballestas dispararon sus enormes flechas. Los rugidos del Viggar se hicieron.atronadores. Sus patas empezaron a flaquear.

Mallory habla hecho construir cuarenta ballestas, cada una de las cuales no medía menos de diez metros de largo. Montadas, sin embargo, a distintos, niveles, ni uno solo de sus proyectiles erró el blanco.

Pero la vitalidad del animal era increíble. A pesar de tener el enorme corpachón hecho un acerico, aún seguía en pie, derramando torrentes de sangre por las heridas. Riachuelos de líquido rojo y espeso corrían entre sus patas, armadas con fortísimas garras.

Durante unos momentos. Mallory creyó que habían conseguido el triunfo. El Viggar se había parado al fin y jadeaba estertorosamente, mientras su cabezota se inclinaba poco a poco hacia el suelo.

Súbitamente, el Viggar pareció recobrar sus fuerzas y se lanzó hacia adelante.

Sonaron agudos gritos de terror, mientras los nativos se esparcían en todas direcciones, corriendo desesperadamente. El monstruo trepó fácilmente por la pared del desfiladero y arrasó media docena de ballestas. En el lado opuesto, otros nativos trataban frenéticamente de recargar las armas.

Mallory se encontró bruscamente solo ante la bestia. Retrocedió a la carrera, procurando no perderla de vista. Los hombres He Azugh le habían dejado solo.

De pronto, tropezó con un pedrusco y rodó por tierra. Los enormes ojos del Viggar divisaron lo que ya no era una presa, sino un enemigo al que había que destruir. Su boca, armada con dientes de medio metro de largo, afilados como cuchillos, descendió en busca del terrestre.

En el último instante, Mallory consiguió ponerse en pie. Dio un enorme salto y se separó de la boca amenazadora. Entonces, le pareció que atravesaba una pared de hielo y, durante una fracción de segundo, se sintió incapaz de mover uno solo de los músculos de su cuerpo, a pesar de que sé desplazaba, siguiendo el impulso adquirido para apartarse del Viggar.

En aquel corto espacio de tiempo, le pareció que era lanzado a través de un pozo insondable, un túnel de absoluta oscuridad. Incluso creyó que existía sin existir. Sentíase plenamente consciente, pero le parecía que era sólo un alma sin cuerpo. Perplejo y aterrado, se preguntó si aquello era la muerte.

De pronto, se encontró rodando por el suelo. Había luz, pero olía a cerrado; ya no se percibía el olor de los espacios abiertos, de la vegetación, ni siquiera el propio hedor de la bestia, apocalíptica. Simplemente, no había olores de ninguna clase.

En aquellos momentos, el Viggar, habiendo consumido sus ultimas fuerzas en la acometida, apoyaba su gigantesca mole en el suelo. Roncos bramidos escapaban de su garganta, en tanto que la tierra se empapaba con los ríos de sangre que brotaban de cuarenta enormes heridas. Pero ninguno de los nativos hizo apenas caso del monstruo agonizante.

Azugh y sus bravos, hombres y mujeres, y Heghia a la cabeza, se habían parado delante de un punto que les atraía y repelía a un tiempo. Por allí había desaparecido Essamour.

Durante unos momentos, todos permanecieron en silencio. Luego, Azugh alzó los brazos y resumió en un gran grito el sentir general:

-¡Vino de las estrellas y a ellas ha vuelto!

Mallory dio varias vueltas por el suelo, pero no sufrió daños físicos. Al detenerse, ligeramente mareado, aunque reponiéndose rápidamente, se sentó y miró asombrado a su alrededor.

Estaba en una habitación de grandes dimensiones, con paredes de suaves colores y algunos muebles parecidos a armarios, pero que le parecieron aparatos de control de alguna extraña maquinaria. En el centro había un pupitre de mando con un sillón, situados ambos sobre un pequeño estrado de poco menos de un metro de altura y al que se accedía por una escalera de cuatro peldaños.

La habitación medía unos quince metros de largo, y cinco de altura y siete u ocho de ancho. Uno de sus muros estaba ocupado completamente por aquellos armarios, de superficie completamente lisa, sin lámparas ni instrumentos que permitieran sospechar siquiera su finalidad.

Al cabo de unos instantes, Mallory se puso en pie. Aún no se había recobrado por completo de la sorpresa recibida. Un minuto antes,

luchaba ferozmente contra una bestia antediluviana. Ahora, sin saber cómo, se hallaba en el interior de un lugar donde, a juzgar por las trazas, se había desarrollado una civilización avanzadísima.

Frente a él, en el muro, se veía un círculo de color gris plomizo, de unos tres metros y medio de diámetro. Parecía metal, pero daba la sensación de estar compuesto por infinidad de partículas microscópicas, que se movían incesantemente. Mallory estimó aquel movimiento semejante al de un líquido contenido en un recibiente y agitado por una batidora situada en el fondo, de modo que las ondas llegasen a la superficie muy tenuemente.

En la pared opuesta, había una puerta. Empezó a pensar en la conveniencia de usarla.

De pronto, creyó oír voces que se acercaban a aquel lugar. Miró a derecha e izquierda, en busca de un escondite. No había nada más que los armarios. Saltó hacia uno de ellos y abrió la puerta. Al fondo, había una serie de paneles instrumentales, pero quedaba el espacio suficiente para permanecer en su interior, sin excesivos agobios. Volvió la puerta, pero dejó una rendija, a fin de poder escuchar por lo menos lo que se decía en aquella extraña estancia.

Las voces aumentaron de volumen. De súbito, Mallory reconoció una de ellas y se puso rígido.

«¡Van Scharnag!», exclamó mentalmente.

-Por aquí, Excelencia -dijo el jefe de la GUVEI.

-Gracias, señor Van Scharnag -contestó el otro individuo.

Mallory creía soñar. El comandante en jefe de la GUVEI... acompañado nada menos que de Thomas E. Bridgis, presidente de la Tierra.

Había también otro hombre. Este le resultó desconocido, aunque no tardó en oír su nombre.

-¿Es seguro? -preguntó Bridgis.

-Absolutamente seguro, señor presidente.

-Excelencia -dijo el tercer sujeto-, llegar a este instrumento de transporte ultrarrápido nos ha costado no diré que siglos, pero sí decenas de años de constante trabajo. Las puertas espaciales

permitirán que personas y mercancías crucen en cuestión de segundos, distancias de años luz, con el ahorro de maquinaria, naves y combustible que es fácil de imaginar.

-Señor -intervino Van Scharnag-, su Excelencia el embajador secreto de Sowyl XII dice la verdad. Yo mismo he probado la puerta espacial y he viajado en segundos a su planeta y también a otros planetas. Es algo facilísimo y sin el menor peligro, créame, señor presidente.

Los tres hombres estaban ahora a cuatro o cinco metros de la puerta espacial, según aprecio Mallory desde su escondite. El presidente dudaba.

-Embajador, antes de hacer pública la noticia de la existencia de estas puertas espaciales, hemos de pensárnoslo mucho -.dijo al cabo-. Hay enormes intereses en juego: astilleros, fundiciones, empresas de transporte... La lista sería muy larga y por eso no quiero seguir pero les estimo lo suficientemente inteligentes para que puedan darse cuenta de la revolución que este descubrimiento puede originar. No obstante, y en honor de su Excelencia Sinnai D'Tolh, y a fin de que vea que no abrigo prejuicios de ninguna clase hacia este invento sowylita, haré un viaje, aunque no pasaré más allá de unos metros de la puerta situada en Sowyl XII.

-Agradezco al señor presidente la confianza que muestra en mí -dijo D'Tolh-, y también comprendo sus escrúpulos ante la serie de problemas que este novísimo sistema de transportes puede ocasionar. Pero, aunque de momento se produzcan algunos perjuicios, inevitables, como también sucedió en nuestro planeta, a la larga, los beneficios resultarán infinitamente mayores. El pueblo de la Tierra no perdonaría, creo, a su Excelencia que le hubiese ocultado un descubrimiento de tan enorme importancia.

-Embajador, usted aquí es un extraño -respondió Bridgis cortantemente-. No se preocupe de la opinión que el pueblo terrestre pueda tener de su presidente. Eso es cosa mía y de mis colaboradores.

D'Tolh, alto, delgado, de cráneo casi completamente pelado y cejas picudas, hizo una profunda reverencia.

-Ruego al señor presidente se sirva aceptar mis más humildes excusas -dijo, conciliador-. Jamás se me ocurriría interferir la política interna de la Tierra. Fue Sólo un comentario... ligeramente ardoroso, movido del interés que siento hacia este planeta, su presidente y sus

habitantes.

-Gracias, embajador. Burlington, ¿usted qué opina? -consultó Bridgis.

-Estoy completamente de acuerdo con el señor D'Tolh, señor -repuso Van Scharnag-. Naturalmente, no quiero influir con mi consejo las decisiones suyas...

-Está bien -dijo el presidente con sequedad-. De todas formas, hay algo que no me gusta y como mi lema en las elecciones fue la verdad, siempre, siempre, se lo diré al embajador, como también se lo he dicho al secretario para Asuntos Extraterrestres: no quiero embajadores secretos de otros planetas en el nuestro. Una vez haya terminado esta prueba, usted, señor D'Tolh, se pondrá en contacto con su Gobierno, a fin de que hagan la petición de establecer relaciones diplomáticas plenas con la Tierra, en la forma acostumbrada.

-Así será, Excelencia -aseguró D'Tolh.

Mallory escuchaba la conversación sin perderse una sola silaba. En la actitud de aquellos dos sujetos presentía algo turbio, pero no se atrevía a intervenir, temeroso de ser considerado como un intruso poco o nada deseado. Pero las sospechas que había concebido sobre Van Scharnag empezaban a tomar cuerpo.

-Bien, hagamos la prueba -dijo Bridgis-. ¿Debo tomar alguna precaución especial?

-Ninguna, Excelencia -contestó D'Tolh-. Simplemente, atravesar la puerta, y se hallará en mi propio despacho de Sowyl XII. A estas horas, no hay nadie y podrá asomarse a la ventana y contemplar una esplendida vista de la capital. Después, regresará... claro que el comandante en jefe de la GUVAI y yo le acompañaremos en ese breve viaje...

-Gracias, embajador.

Bridgis echó a andar hacia el circulo de color gris plomo. Mallory lo contemplaba ansiosamente. Unos segundos más tarde, Bridgis pareció convertirse en un fantasma. Su cuerpo perdió consistencia y, en pocos instantes, desapareció de la vista de los presentes.

Entonces, Van Scharnag alzó los brazos al cielo y lanzó un jubiloso alarido:

-¡Ya está! ¡Ha picado en la trampa!

-Lo sabía -dijo D'Tolh, enormemente satisfecho-. Tenía que suceder así, Burlington.

Las manos de los dos conspiradores se estrecharon con fuerza. De pronto. Van Scharnag pareció sentirse aprensivo.

-Sinnai, ¿no hay peligro de que el presidente vuelva aquí por el mismo camino?

-Ninguno. Al otro lado, la puerta es absolutamente invisible. Caerá rodando al suelo y tal vez hasta pierda el conocimiento. Pero al faltar el marco que hace visible la acumulación de energía necesaria para el transporte instantáneo, no podrá encontrar jamás el camino de ¡vuelta... a menos que ocurra una inesperada casualidad, cosa que, a decir verdad, no se producirá -respondió D'Tolh enfáticamente.

-Magnífico -dijo Van Scharnag, a la vez que pasaba un brazo por los hombros del sowylita, con gesto confianzudo-. Y, dígame, ¿adonde ha ido a parar nuestro ex presidente?

-A un planeta llamado Zaphor VI.

CAPITULO IX

La puerta de la estancia se cerró. Mallory asomó la cabeza por la del armario y oteó unos momentos el interior de la habitación.

Todo parecía en orden. El círculo que era la puerta espacial continuaba sin alteración de ninguna clase. Durante unos momentos, Mallory reflexionó sobre lo que acababa de presenciar. Hablando crudamente, había sido testigo de una especie de golpe de Estado, poro si bien Van Scharnag podía ganar algo con su acción, ¿cuáles. eran los beneficios de D'Tolh?

En aquellos momentos, sin embargo, era algo secundario. Lo que importaba era rescatar al presidente. Resultaba patente que Van Scharnag había preparado su golpe con gran minuciosidad, con una paciencia sin límites. Tal vez había empleado años enteros en llegar al momento final. Pero al fin lo había conseguido.

En otros tiempos, pensó, un presidente no se movía sin un enorme séquito: secretarios, ayudantes... y un buen número de agentes del Servicio Secreto para su protección personal. Ahora, sin embargo, había llegado a aquel lugar acompañado de dos traidores, que merecían ser fusilados.

«O ahorcados», gruñó, mientras avanzaba hacia la puerta espacial.

Ahora debía dejarse de elucubraciones. Había algo más importante que hacer. Aunque casi se echó a renal pensar en la sorpresa del presidente. Pero no podía abandonarlo a su suerte en un lugar extraño.

Cerró los ojos, inspiró con fuerza y se lanzó de catata hacia el círculo de color gris plomo.

Apenas había separado los pies del suelo, volvió a abrirse la puerta de la estancia. Van Scharnag y D'Tolh entraron nuevamente. El primero parecía irritado.

-A pesar de todo, no me fío. Será mejor que cambie la orientación de la puerta. Puede encontrarla de nuevo y...

El sowylita trepó ágilmente al estrado y se sentó ante el pupitre, en el que manipuló durante unos instantes.

-Ya está -dijo al cabo-. Si consigue encontrar la puerta, saldrá en otro lugar del que, ahora puedo afirmarlo rotundamente, no volverá jamás.

-Bien, pero ¿qué lugar es ése?

-Los pantanos de Khon-Dzi-Zham. No se sabe de; nadie que haya vuelto de ese horrible sitio -contestó D'Tolh.

De nuevo percibió Mallory aquellas extrañas sensaciones de frío y de ausencia de su cuerpo, aunque no de la mente. Pero ahora, preparado ya por la experiencia anterior, todo le resultó mucho más fácil. Instantes después, se levantaba del suelo.

El presidente estaba parado a poca distancia, con cara de perplejidad, contemplando la enorme mole que yacía sobre el suelo. Oyó ruido y se volvió en el acto.

Intrigado, contempló al joven que estaba frente a el con ropas desgarradas por algunos sitios y barba de varios días.

-¿Quién es usted? -preguntó secamente.

Mallory se llevó la mano a la sien.

-Astronauta Duff Mallory, Nave de Patrulla Número Cinco, Cuarto Escuadrón, Segunda Cohorte, Séptima Legión -se presentó reglamentariamente-. Sí el señor presidente me permite, le explicaré...

Bridgis le miró, estupefacto.

-¿Usted, un patrullero del espacio?

-Sí, Excelencia. Señor, debo decirle que el comandante en jefe de GUBEI le ha hecho objeto de una trampa, aunque ignoro el objeto. Por extraño que le parezca, yo estaba en la habitación de control de la puerta espacial.

-Me han engañado, si -contestó Bridgis-. Y también conozco sus motivos. Pero ahora no puedo volver...

-Perdón, señor; si me lo permite, yo le ayudaré a regresar. -De pronto, Mallory arrugó la nariz-. Esto apesta -añadió.

-Ese animal antediluviano está en proceso de putrefacción -dijo Bridgis-. Pero, a pesar de todo, su contemplación es fascinante, señor Mallory.

El joven dirigió su mirada hacia el Viggar. Repentinamente, se dio cuenta de que, a pesar de que había.transcurrido un tiempo relativamente corto, la bestia muerta había sido despojada de las espinas de su cola. En aquellos parajes no se divisaba a ningún nativo. Todos habían desaparecido.

El suelo, en torno al Viggar, estaba cubierto de una costra de color marrón oscuro. Mallory se agachó y la tocó con los dedos. Hacía tiempo que se había secado la sangre del monstruo.

Luego se pasó una mano por la cara. Se acordaba muy bien: la propia Heghia le había afeitado en la madrugada del encuentro con el Viggar. Y ahora tenía la barba correspondiente a una semana...

-Entonces, el viaje por las puertas espaciales no es instantáneo -murmuró.

-¿Cómo dice usted, joven? -preguntó Bridgis.

-Señor, creo que el viaje de la Tierra a este planeta que no es

precisamente Sowyl XII, dura unos tres días, aunque para nosotros ese espacio de tiempo transcurra en un segundo. O quizá nos parece que sólo pasa un segundo, pero cuando yo viajé a la Tierra, a través de la puerta espacial, no hace siquiera media hora, estaba recién afeitado. Aquí había un millar de nativos y ese animal no había muerto todavía aunque estaba agonizante.

Bridgis frunció el ceño.

-Señor Mallory, creo que sería conveniente me diera una explicación circunstanciada de todo lo que ha pasado y sabe usted -solicitó.

-Sí, señor.

Cuando terminó de hablar, Bridgis se quedó pensativo durante, largos momentos.

-Nunca debí aceptar los consejos de mi secretario para Asuntos Extraterrestres -dijo al cabo-. Ahora veo que es otro traidor, persuadido por Van Scharnag. Cuando ascendí a la presidencia, me opuse al nombramiento de éste, pero el Congreso lo ratificó contra mi voluntad y no tuve otro remedio que aceptarlo. Dios sabe qué promesas habrá hecho a algunos senadores, de espíritu venal y corrompido... y cómo consiguió convencer a mi secretario. Supongo que le habrá prometido mi puesto y él se quedará con la cartera de Asuntos Extraterrestres, que le permitirá gobernar, sin correr los riesgos de la impopularidad, pero creo que éste es un asunto que ahora carece de interés. Lo importante, señor Mallory es: ¿qué vamos a hacer?

-Regresar a la Tierra inmediatamente, por supuesto, señor presidente.

-Pero no veo la puerta espacial...

Mallory sonrió.

-Es invisible, en efecto, pero está ahí -dijo.

Inclinándose, agarró una piedra y la lanzó a lo lejos. La piedra cayó a unos treinta pasos de distancia y se paró después de rodar unos cuantos metros.

-Un poco más a la derecha, creo -murmuró el joven.

Ahora era una rama seca, sobrante de los trabajos realizados para construir las ballestas con las que habían derrotado al Viggar. Medía casi dos metros de largo y, después de tomar impulso, la arrojó como si fuese una jabalina.

La rama desapareció instantáneamente.

-¡Bien, ahí está la puerta espacial! -dijo Mallory, vivamente complacido de su éxito.

Se volvió hacia Bridgis.

-Señor presidente, debo serle sincero: no le voté en las últimas elecciones, porque no me agradaban algunos aspectos de su política. Sin embargo, es usted mi comandante en jefe y le debo respeto y acatamiento. Cuando quiera, señor...

Bridgis sonrió también.

-Gracias, joven. Lo tendré en cuenta a su debido tiempo -contestó. Y avanzó un paso, pero, casi en el mismo instante, se oyó un extraño sonido.

La rama reapareció de nuevo, moviéndose agitadamente, debido al increíble hecho de que tenía una serpiente enroscada en derredor. El reptil parecía terriblemente furioso y mordía con cólera lo que creía era un enemigo. Mallory se quedó estupefacto, porque en modo alguno comprendía la presencia del ofidio en aquel lugar. Bridgis, por su parte, retrocedió unos cuantos pasos, muy alarmado, a la vez que emitía algunos juramentos escasamente acordes con su elevado rango.

Mallory reaccionó muy pronto. La serpiente no tardaría en darse cuenta de que su enemigo era completamente inofensivo. Buscó un gran pedrusco y lo dejó caer sobre la cabeza del reptil. El resto del cuerpo se agitó todavía unos momentos.

-No sé qué ha sucedido, señor -declaró, mientras se enjugaba el sudor con el antebrazo-. Esa serpiente no ha podido proceder del cuarto de control de las puertas espaciales...

-Lo dudo mucho, joven -manifestó Bridgis-. Ese cuarto está instalado en uno de los sótanos del edificio de la Presidencia. Y puedo asegurarle que allí no hay ninguna clase de animales, salvo los dos canarios de mi esposa -añadió, sonriendo.

-Algo ha sucedido -dijo Mallory-. En alguna parte se ha producido

un fallo...

-Muchacho, aunque no conozco su manejo, me imagino que ese par de traidores habrán variado la orientación de esta puerta espacial, desde el cuarto de control. Simplemente, habrán querido evitar que vuelva a traspasarla... y a juzgar por las trazas, lo han conseguido.

-Sí, pero ¿de dónde ha salido la serpiente, señor?

-De otro planeta. Está claro.

Mallory se mordió los labios. El cuerpo del reptil, que medía más de dos metros de largo, estaba parcialmente manchado de un fango apestoso, de color grisáceo. Inmediatamente, pensó en algún pantano o una ciénaga... y se estremeció al pensar en lo que les habría podido suceder de no haber realizado previamente una Intentona con la rama seca.

-Sí, de otro planeta -convino-. Y ahora no podemos volver a la Tierra, a menos que encontremos a Nellen.

-¿Quién es Nellen? -preguntó Mallory.

Hubo un instante de silencio. Luego. Bridgis vio que Mallory alzaba su brazo derecho.

-Si no me equivoco, ahí viene, señor presidente -exclamó el joven, con acento lleno de júbilo.

Bridgis se volvió y, estupefacto, contempló la más extraña nave que hubiera sido capaz de imaginarse.

-¿Viene... en ese cajón? -exclamó.

Lo que había sido cárcel de Nellen durante un año se posó al fin en el suelo. Una de sus paredes se hizo transparente y, a los pocos segundos, tres personas corrían hacia el lugar en que se hallaban Mallory y el presidente.

-¡Duff, Duff! -gritó Nellen-. Estás aquí, te hemos encontrado...

La joven llegó junto a Mallory y se colgó de su cuello.

-Te creíamos muerto -jadeó, a la vez que le miraba intensamente-. Cuando desapareciste aquel día...

-Fui un poco descuidado, lo admito - sonrió el joven-. Hola,

compadre. ¿Cómo estás, Vassia? -saludó a los otros dos.

El rostro de la nativa expresaba una viva satisfacción. Harriman miró un instante a su amigo.

-Veo que no estás solo, Duff -dijo.

-Ah, sí... -Mallory se volvió hacia Bridgis-. Le ruego me perdone, señor -dijo-. Son mis amigos...

-¡Rayos, el propio presidente en persona! -exclamó Harriman, una vez hechas las presentaciones. Saludó, muy tieso, y agregó-: Señor, cuente conmigo para todo lo que sea necesario.

-Gracias, señor Harriman -sonrió Bridgis-. Pero me parece que la situación no tiene nada de fácil. Yo diría que más bien es crítica, prácticamente insoluble.

Nellen adelantó un paso.

-Quizá yo pueda hacer algo -dijo-. Duff, hemos estado en la residencia de Azugh. ¿Sabes que hay un artista que está tallando una estatua en tu honor, para perpetuar la memoria del nombre que derrotó al Viggar? Han traído un tronco de más de veinte metros de altura...

-¡Cuánto honor! -exclamó Mallory-. Claro que les ayudé, pero lo hice a la fuerza, ya que me trajeron secuestrado hasta aquí.

-Y encontraste la puerta espacial que yo no habla sabido detectar.

-Por casualidad. El Viggar me atacó, yo eché a correr y, de repente, me encontré en la Tierra.

-¿De veras funcionan esas puertas espaciales? -intervino Harriman-. Yo había oído algo sobre el particular, pero siempre creí que serían fábulas.

-Nada de fábulas, sino realidad. Pero el traslado no es instantáneo. De aquí a la Tierra se tardan unos tres días.

-Hay una distorsión del factor espaciotemporal, que nadie ha sabido corregir todavía -dijo Nellen-. Aunque para el viajero transcurre apenas un segundo, la realidad es que está tres días o más, según las distancias, en esa nada que es el túnel espacial que lo conduce al punto deseado. Pero ello ño afecta en nada al organismo ni

deja secuelas perniciosas. Bien, de todas formas, tú has hallado lo que yo no supe encontrar, así que ahora mismo podemos volver a la Tierra...

-Nellen, estás equivocada. Aunque yo he viajado a la Tierra y el presidente y yo procedemos de allí, esa puerta, ahora, ya no da a nuestro planeta.

-¡Demonios! -exclamó Harriman.

Nellen se quedó con la boca abierta.

-Duff, ¿qué dices? -se asombró.

-Lo que oyes. Mira esa serpiente. Ha venido aquí desde un lugar desconocido. Su Excelencia y yo estamos vivos, porque, afortunadamente, no se nos ocurrió utilizar la puerta espacial, pero mucho me temo que un par de traidores, a uno de los chales quizá conoces tú, han hecho lo necesario para dejarnos abandonados en Zaphor durante el resto de nuestros días.

* * *

Nellen se acuclilló, pasó la yema del índice por la piel enfangada del reptil muerto y luego se la llevó a la nariz. Después de olfatear un par de segundos, se incorporó nuevamente.

-La puerta da ahora a los pantanos de Khon-Dzi-Zham -declaró-. Una vez sobrevolé ese lugar y jamás había visto nada tan horrible. No se sabe de ninguna persona que haya estado en esa ciénaga y haya vuelto para contarlo.

-Caramba, en tal caso, si un día me pierdo, que no me busquen por esos pantanos -dijo Harriman..

-Ocupan una enorme extensión, cientos de miles de kilómetros cuadrados, y hay en ellos toda suerte de bestias feroces, pero las más peligrosas no son precisamente las de mayor tamaño, sino unos minúsculos pececillos, que no tienen más de dos o tres centímetros de largo y que son capaces de dejar en los huesos a un buey, en menos de cinco minutos. Incluso los saurios gigantes, algunos de los cuales miden diez y más metros, huyen de las zonas donde viven los peces

carnívoros.

-Bien -intervino Mallory-, por fortuna, no nos hallamos en esa ciénaga. Ahora, Nellen, tendríamos que dedicarnos a algo más positivo.

-Hay que salir de aquí -dijo Harriman-. Maldición, ahora que habíamos detectado la puerta espacial...

-Temo que habremos de recurrir al vulgar procedimiento de una astronave de la GUVEI -terció Bridgis-. De alguna manera, podrá enviarse una llamada de socorro, supongo.

-Lo siento, señor presidente -contestó Mallory-. Si no utilizamos la puerta espacial, no podremos abandonar Zaphor VI.

Bridgis se quedó atónito cuando Mallory le explicó las circunstancias en que habían llegado a aquel planeta.

-Entonces ¿hemos de resignamos a vivir aquí para siempre? -dijo, muy decepcionado.

-A mi amigo Harriman no es una perspectiva que le desagrade -sonrió el joven-. Pero no todos comparten su opinión, claro. Sin embargo, creo que la señorita D'Vrai podrá hacer algo para ayudarnos.

Nellen aparecía muy pensativa.

-Es indudable que D'Tolh ha conseguido modificar la orientación de la puerta desde la Tierra, lo cual indica que, en este aspecto, se han conseguido muchos progresos durante, el año que yo permanecí encerrada. No obstante, toda puerta espacial necesita de mecanismos que la activen.

-Aquí no se ve nada, Nellen -dijo Mallory.

Ella paseó la mirada en todas direcciones. Luego dijo:

-La maquinaria está en alguna parte y no a la vista, claro. Pero eso no significa que no pueda ser accionada por control remoto.

-¿Desde la Tierra? -se asombró Bridgis.

-Sí, por ondas de radio subespacial, no hay otra explicación. Pero yo dispongo de medios para localizar la maquinaria.

-Bueno, eso no deja de ser un alivio -sonrió el presidente-. Señorita,

si consigue hacerme volver a la Tierra, cuente con algo mas que mi gratitud eterna.

-Lo intentaré, señor -respondió Nellen. Se volvió hacia Mallory-. Duff, indícame dónde está la puerta, por favor.

-Claro.

Mallory lanzó una piedra, que desapareció bruscamente a unos veinte metros del lugar en que se hallaban. Nellen avanzó quince pasos, se inclinó, y situó una piedra a sus pies.

-Hay que colocar aquí una hilera de piedras, que señalen el lugar del que no se puede pasar -ordeno-. De este modo, evitaremos accidentes por descuido involuntario.

Después de otra prueba, localizaron la puerta espacial con notable exactitud. Luego Nellen se dirigió hacia el cubículo.

-Ven conmigo, Duff.

Mallory siguió a la joven. Ella le condujo hasta el piso superior, en donde vio el detector que ya habían usado semanas antes, sin el menor éxito. Después de ponerlo en funcionamiento, ella dijo:

-La maquinaria debe de estar oculta en algún lugar cercano. Pese a todo, podemos localizarla.

-Y entonces, orientarás...

-Sí, sin duda alguna.

Bajo la pantalla detectora había una serie de controles, que Nellen movió cuidadosamente, mientras que Mallory contemplaba sus actos con gran expectación. E De repente, vio aparecer un punto luminoso de color rojo vivo, que aumentaba y disminuía de intensidad con gran rapidez.

Nellen presionó una tecla y en el acto aparecieron en la pantalla una serie de círculos graduados, con una cruceta, similar a la de un anticuado aparato de puntería. En las líneas rectas que componían la cruz, había algunas cifras.

-Bien -exclamó ella, muy satisfecha-, ya hemos localizado la maquinaria. Como me imaginaba, está escondida bajo el suelo, en un hábil trabajo de enmascaramiento.

-¿Es muy grande la distancia?

-No, apenas cincuenta metros en línea recta y a sesenta grados al Norte, teniendo como punto de referencia el eje mayor del cubículo.

Mallory frunció el ceño. De pronto, echó a correr hacia la escalera.

Nellen le siguió Instantes después. Cuando llegó abajo, vio a Mallory parado, contemplando el hediondo bulto del Viggar.

-La maquinaria de la puerta espacial está justo debajo de ese monstruo -dijo el joven.

Harriman creyó haber dado con la solución, cuando conoció la noticia.

-Reuniremos a los amigos de Vassia, traeremos leña y quemaremos el cuerpo...

-No -contradijo Nellen vivamente-. Se necesitaría un bosque entero para convertir en cenizas esa masa de cientos de toneladas. La roca se calentarla enormemente después de muchos días de fuego incesante y algunos de los delicados circuitos de la maquinaria se estropearían irremisiblemente. Hablando por mí misma, diré que no me importaría quedarme aquí para siempre; estoy ya muy desengañada de todo lo que me ha sucedido... pero pienso que hemos de hacer lo posible para que el presidente regrese a ocupar su puesto.

-Agradezco infinito sus buenas intenciones, señorita -declaró Bridgis-. Pero si no se puede quemar ese cadáver, ¿qué otra solución hay?

-Él cubículo -dijo Mallory-. Puede remolcar...

-No tiene potencia suficiente -rechazó Nellen la idea. Se volvió hacia la nativa-. Vassia, tienes que pedir auxilio a tus compatriotas.

-Sí -accedió la interpelada.

-Yo la acompañaré -se ofreció Harriman.

-Tiny, di que lo pide Essamour -añadió Mallory-. El jefe Azugh nos ayudará con todos los hombres y mujeres disponibles.

-Sí, pero ¿cuál es el plan? -preguntó Harriman.

-Cuerdas -repuso Nellen simplemente-. Cuerdas... y mil personas

dispuestas a tirar. Bastará con arrastrar el cadáver un par de cientos de metros.

-Entiendo. Vamos, Vassia.

Harriman y la nativa se alejaron a la carrera. Nellen se acercó al presidente:

-Creo que estará mejor en mi alojamiento, señor -sugirió, con atractiva sonrisa-. Allí podrá descansar y hasta darse un baño, si lo desea.

-Gracias, señorita; será un placer -contestó Bridgis.

-Nellen -dijo Mallory, mientras regresaban al cubículo-, supongo que hiciste el trasvase de energía.

-Sí, pero hasta hoy no estuvo terminado. Entonces levantamos el vuelo y vinimos al país de Azugh. Vassia sostenía que era imposible que se hubiese celebrado un sacrificio humano, pero, a pesar de todo, yo no me sen tía muy seguro. ¿Por qué no nos lo pidieron con buenos modos? Hubiéramos accedido.

-¿De veras? Ellos no podían adivinar nuestras reacciones, de modo que actuaron de la mejor manera que estimaban conveniente para sus propósitos.

-Y derrotaste al Viggar -dijo ella, admirada.

-Sus arcos y flechas, tan potentes, me dieron la idea -sonrió Mallory.

-Ahora eres un ídolo para ellos, Duff.

-Sí, aunque confío en que no me pongan en un altar y me tengan allí el resto de mis días -rió el joven-. Nellen, tu y yo tenemos mucho que hablar y ya sabes a qué me refiero, ¿verdad?

-Espera un poco, por favor -rogó la muchacha.

Nellen enseñó al presidente la disposición interior del cubículo. Luego volvió a reunirse con Mallory, quien había quedado en la entrada.

-Hay muchas puertas espaciales -dijo ella momentos más tarde-. Puede decirse que apenas si hay un planeta habitado que no tenga una de esas puertas, pero, al mismo tiempo, son poquísimas las personas

que conocen su distribución exacta.

-Sospecho que tú eres una de esas personas, ¿verdad?

-Así es, Duff.

-Y por eso te condenaron a vivir mil años en un asteroide.

-Sí.

Mallory se estremeció.

-Aun en circunstancias normales, mil años pueden resultar una carga pesadísima para un ser humano. Condenar a una persona a que viva un milenio en un espacio tan reducido, es un suplicio como muy pocos serían capaces de imaginar. Por fortuna -añadió sonriendo-,tu asteroide y nuestra nave colisionaron en el espacio. Pero ¿te condenaron sólo por saber la situación exacta de todas las puertas espaciales?

-No. Simplemente, me opuse a sus planes.

-¿Cuáles eran esos planes?

Nellen se lo dijo. Mallory calló durante unos instantes, al conocer la verdad.

-Horrible -dijo al cabo-. Habría resultado espantoso...

-Pero estaban dispuestos a ejecutar ese plan. Y aun siguen con su primitiva idea. La presencia de Bridgis en Zaphor VI es una prueba de lo que digo, Duff.

-Es cierto -convino el joven-. Ahora bien, lo que me gustaría saber es por qué no me lo contaste todo desde un principio.

-Eras un hombre de Van Scharnag. Lo siento, pero no podía fiarme por completo de ti. El sentido de la (disciplina en la GUVEI es famoso.

-Eso sí es verdad, pero puedes creerme que tanto Harriman como yo estábamos por completo ignorantes de cuanto sucedía. Y si encontré la puerta espacial» fue por pura casualidad.

Nellen rió jubilosamente.

-Alguna vez teníamos que beneficiarnos de las casualidades -exclamó.

-Sí, Nellen, me gustaría hacerte una pregunta -dijo Mallory.

-Claro, lo que quieras.

-Tú debías vivir mil años en el interior de esa... piedra de la eternidad. Pero ahora que estás fuera, ¿vivirás también tanto tiempo?

-No. Los efectos del sistema prolongador de la existencia se hicieron nulos en cuanto realicé la primera perforación en el cubículo, con objeto de llegar al exterior del asteroide. Ahora viviré, salvo accidentes o enfermedades incurables, una existencia normal, la media actual, ciento treinta ciento cuarenta años...

-¿Y tienes...?

Ella le dio un golpecito con la mano en los labios.

-Curioso -dijo alegremente-. No soy tan vieja, ¿verdad?

Mallory la contempló unos instantes.

-No, no eres tan vieja -sonrió.

Y de pronto, avanzó hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

-Nellen...

-Dime, querido.

-Nos hemos conocido aquí... y creo fue un encuentro providencial. Pienso que no deberíamos separamos jamás...

-Me parece una buena idea, Duff -concordó la joven.

-Juntos para siempre, Nellen.

-Sí, para siempre.

CAPITULO X

Al atardecer de aquel día, se oyó en lontananza un distante clamoreo. Bridgis estaba en el interior del cubículo, tomando notas en un cuaderno que le había dejado Nellen, y salió precipitadamente al

exterior.

-¿Qué sucede? -preguntó, alarmado.

Eran cientos de voces que entonaban una rítmica melopea, de escasas variaciones tonales, pero muy agradable de escuchar. Casi al mismo tiempo, se vieron cientos de puntitos rojizos que se movían en la penumbra del ocaso.

Peco a poco, el volumen de aquel cántico se hizo más intenso. Los puntos rojos se transformaron en antorchas. Al fin, Azugh, con Harriman y Vassia, se hizo visible en las inmediaciones del cubículo.

Los ojos de Azugh emitían un brillo especial cuando estrechó la mano del terrestre, mientras le ponía la izquierda sobre el hombro.

-Has vuelto de las estrellas -dijo.

-Aquí estoy -contestó Mallory. Era Inútil explicarle algo tan complicado como el funcionamiento de una puerta espacial-. Necesito de ti y de tu pueblo, Azugh.

-Tú derrotaste al Viggar y te debemos gratitud eterna. ¿Qué debemos hacer?

-Mi amigo, supongo, te habrá dicho lo que deseamos.

-Sí, hemos traído cuerdas...

-Entonces, no se hable mas. Al trabajo, Azugh.

Harriman se ocupó de dirigir las operaciones. Enormes maromas fueron atadas a las patas traseras del animal muerto. Había cuatro y cada una de ellas no medía menos de ciento cincuenta metros de largo. En la puerta del cubículo, Bridgis contemplaba las operaciones con vivísimo interés.

Una hora más tarde, cuatrocientos nativos, hombres y mujeres, dieron el primer tirón, a una voz de Azugh. El gigantesco cadáver empezó a moverse lentamente.

El vozarrón de Azugh marcaba el ritmo, mientras que las antorchas iluminaban la noche. Era una escena fantástica, de inigualable belleza plástica. Los nativos cantaban rítmicamente a la vez que daban tirones a las cuerdas con precisos intervalos.

Una hora más tarde, la enorme mole había recorrido un cuarto de

kilómetro. Nellen hizo que Mallory llevase el detector en las manos. Así pudo situar el punto exacto donde se hallaba la maquinaria.

-¿Y ahora? -preguntó el joven.

-Ahora, a cavar.

Mallory frunció el ceño.

-Es roca viva -alegó.

Ella meditó unos instantes. De pronto, echó a correr hacia el cubículo, para regresar a los pocos momentos con un pulverizador de pintura en la mano, con el que marcó un cuadrado de unos quince metros de lado.

-La máquina se halla a unos ocho metros de profundidad -declaró.

Mallory emitió un silbido. La obra de situar la maquinaria en aquel lugar debería haber resultado fácil con excavadoras y herramientas adecuadas; pero remover una capa de ocho metros de profundidad, lo que daba la extensión del terreno delimitado, equivalía a no menos de ciento veinte metros cúbicos, parecía empresa sumamente difícil. Había brazos en abundancia, todos vigorosos y nada dados al cansancio, pero la cantidad de trabajadores que podían acumularse en aquel lugar era muy pequeña, lo que inevitablemente haría largo el tiempo de excavación.

-Y no hay más que cuchillos de obsidiana -se lamentó.

Harriman se acercó en aquel momento.

-La capa de roca no es uniforme, aunque lo parece -observó-. Si la maquinaria está debajo de nosotros, es porque antes, alguien, hizo una excavación y luego la cubrió con rocas más o menos iguales, de la misma forma que antiguamente se pavimentaban algunas calles con adoquines.

-Sí, pero estos adoquines miden más de un metro cúbico.

-Todo consiste en separar el primero.

-Y arrastrarlo con las maromas, de la misma forma que los esclavos egipcios remolcaban las piedras que iban a formar las pirámides.

-Duff, no seas pesimista -le apostrofó Harriman-. Es la única solución que nos queda. Al menos, en lo que respecta al presidente.

Por mí, créeme, no alzaría un solo dedo para mover un gramo de roca, ya lo sabes.

Mallory asintió.

-Sí -admitió, un tanto cansado-. Creo que debemos empezar cuanto antes.

Harriman extendió un brazo.

-Deja, yo me ocuparé del asunto. ¿Por qué no te vas a dormir un poco?

En aquellos instantes, Mallory sintió que le afloraba el cansancio de los días precedentes. Nellen puso una Emano en su brazo y le dirigió una cálida sonrisa.

-Tiny tiene razón. Anda, ve al cubículo y duerme; te sentirás mucho mejor cuando despiertes.

Mallory pensó que, en efecto, era un buen consejo. Minutos más tarde, dormía como un bendito.

* * *

De pronto, le despertaron unos gritos. Alarmado, se levantó y corrió fuera del cubículo. Entonces vio que el mediodía de Zaphor VI había pasado ya. Su sueño había durado más de doce horas.

Nellen corrió hacia él.

-Duff, algunos de los nativos dicen que vieron a un hombre al otro lado de la barrera de piedras que pusimos para señalar los límites de la puerta espacial.

-¿Un hombre... allí? -se sorprendió Mallory. -Sí. La visión duró unos segundos tan sólo, pero no hay duda alguna de que alguien se asomó para ver qué estábamos haciendo.

Mallory miró a su alrededor. El primer bloque de piedra había sido separado del conjunto y doscientos nativos se disponían a remolcarlo lejos de aquel lugar.

-Tengo la seguridad de que Van Scharnag no se fía del todo de la desaparición del presidente y quiso cerciorarse de su suerte -dijo al cabo-. Incluso cabe la posibilidad de que viniera aquí para matarlo, pero no se atrevió al darse cuenta de la cantidad de gente que hay en este lugar.

-Eso significa que ha variado la orientación de la puerta, al menos durante un corto espacio de tiempo.

-Si, indudablemente. Pero si ha visto lo que estamos haciendo, es muy posible que trate de tomar contramedidas. Después de su acción, no puede consentir que Bridgis regrese a la Tierra.

-¿Crees que enviará tropas a través de la puerta?

-No, no le conviene. Por ahora, las puertas espaciales son un secreto muy bien guardado y creo que es prematuro divulgar la noticia. Intentará otra cosa, aun-. que no me imagino...

-Los «G'Rick's» recordó Nellen de pronto-. Deben de ser sus aliados... o, al menos, lo son de D'Tolh.

Mallory se estremeció. Aún tenía presentes las imágenes de la lluvia de fuego que había abrasado a veinte nativos en un santiamén. Ciertamente, los «G'Rick's» no eran invulnerables en el suelo, pero sí a bordo de su astronave, desde la que podían exterminarles impunemente.

-Nellen, ¿tienes algún detector en tu nave que pueda avisarnos de la posible llegada de los «G'Rick's»?

-Sí, desde luego...

-Ponlo en funcionamiento. De todos modos, aún tardarán días en llegar, si es que llegan, pero «conviene que estemos prevenidos. Vuelve pronto; luego quiero hacerle una consulta.

La joven echó a correr. Minutos más tarde, regresaba, acompañada del presidente.

-Nellen me ha dicho lo que pasa -manifestó Bridgis-. Mallory, ¿cree usted que Van Scharnag puede atacarnos?

-Desde luego, no se estará cruzado de brazos, señor -respondió el interpelado-. Pero nosotros tampoco» claro, Nellen, ¿es posible lanzar una cuerda a través de la puerta y recuperarla, si no se ha soltado el

extremo situado en este lado?

-Por supuesto que sí -dijo la muchacha-. ¿Qué pretendes hacer, Duff?

-Ahora lo sabrás.

Mallory fue en busca de su compañero, al que halló junto a Azugh, dirigiendo los trabajos de separación del segundo bloque de piedra. Habló unos momentos con ellos y luego, los tres, se acercaron a las piedras que marcaban el límite que no era prudente salvar.

Mallory se había provisto de una larga cuerda, que f ató a su cintura. Al comprender su idea, Nellen se sintió muy aprensiva.

-Ten cuidado -recomendó.

-Quédate tranquila -sonrió él-. Tiny, Azugh, no soltéis la cuerda. La señal de regreso será dos tirones, ¿entendido?

-Sí, compañero -dijo Harriman.

Mallory dio unos cuantos pasos más. Antes de traspasar la puerta espacial, lanzó una piedra, para encontrar su emplazamiento exacto. La piedra desapareció a dos metros de distancia. Entonces, sin vacilar, dio un enorme salto.

Un segundo después, se sumergía hasta la cintura en una charca pestilente, de la que se desprendía un abominable hedor. Vio árboles de extrañas formas, cuyas ramas parecían miembros que se agitasen con desesperación, vio también una neblina amarillenta, que se deshilaba entre la húmeda vegetación, y vio también muchas cosas horribles, realmente espantosas, que escapaban a toda imaginación.

De repente, oyó un horrible gruñido. A cuarenta pasos de distancia, un enorme saurio abrió su bocaza, armada con varias hileras de dientes de aspecto terrorífico, a la vez que se lanzaba hacia adelante, agitando el agua con su cola, en busca de aquella apetitosa presa, tan inesperadamente surgida en sus dominios.

Mallory comprendió que debía emprender la retirada. Dio el primer tirón a la cuerda... ¡y se quedó con ella en las manos!

Al otro lado de la puerta espacial, Harriman y Azugh contemplaban estupefactos el trozo de cuerda roto. Nellen lo vio también y se desmayó en el acto.

* * *

El saurio atacó. En el mismo instante, las aguas parecieron hervir con la agitación de millares de minúsculos animales. Mallory recordó la mención sobre los peces carnívoros. Sin duda, el reptil había invadido una zona que era del dominio de aquellas diminutas fieras y éstas contraatacaban con indescriptible ferocidad.

Pero él tenía medio cuerpo dentro del agua. Si los peces se daban cuenta de su presencia, podía considerarse como hombre muerto.

Los pelos se le pusieron de punta. Giró en redondo y vio una especie de ribera, con abundantes cañas y yerbas acuáticas. Alargó los brazos, asió un par de manojos de hierba y cañas y tiró hacia arriba. Consiguió poner los pies en un trozo relativamente firme, tomó impulso y se lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas, justo en el momento en que sentía un vivísimo dolor en la pantorrilla derecha.

Rodó por un suelo duro y sólido. El hedor del pantano desapareció. En lo alto brillaba un sol esplendente. Oyó gritos de alegría, pero su atención estaba centrada en aquellos momentos en el dolor que laceraba su pierna derecha.

El pez carnívoro se soltó y se agitó sobre el suelo rocoso, privado de su medio ambiente. Harriman y Azugh corrieron hacia él.

-Muchacho, creíamos perdido para siempre -exclamó el primero.

Mallory sonrió, mientras se contemplaba a sí mismo, casi completamente envuelto en fango apestoso.

-La cuerda se rompió -dijo-. Evidentemente, algo no marcha bien en esa puerta espacial.

-Eso es que una cosa no puede permanecer al mismo tiempo en dos planetas -supuso Harriman-. Lo siento, pero Nellen estaba equivocada.

Mallory la vio tendida en el suelo y se alarmó.

-No te preocupes, es sólo un desmayo -añadió su amigo maliciosamente-. Deberías sentirte orgulloso, Duff.

Algunas mujeres atendían a Nellen. Mallory se frotó la pantorrilla

dolorida. Salía sangre de la herida.

-Van Scharnag ha cambiado de nuevo la orientación de la puerta espacial -dijo-. Se asomó, vio el panorama, volvió a la Tierra y dejó todo como estaba. Es de suponer que ahora esté tomando las medidas oportunas para combatirnos -añadió.

-Ese cerdo... -masculló Harriman-. Tú tenías razón al desconfiar de él, Duff. Nunca me resultó un tipo especialmente simpático, te lo aseguro.

Mallory se puso en pie.

-Hay un arroyo no lejos de aquí -manifestó-. Necesito un baño más que nada en este mundo.

Nellen despertó en aquel momento y lanzó un agudo grito.

-¡Duff!

-Estoy bien, nena -contestó él-. Luego comentaremos lo que ha pasado, pero, por ahora, debe ser suficiente saber que la puerta da nuevamente a los pantanos de Khon-Dzi-Zham.

Cojeando levemente, se encaminó al arroyo. Sin desnudarse siquiera, se metió en el agua, que arrastró en pocos minutos la suciedad y el mal olor. Al cabo de un buen raro salió, se sacudió como un perro mojado y contempló críticamente el movimiento de los nativos.

Ahora, se dijo, lleno de pesimismo, Van Scharnag conocía sus proyectos. Resultaba lógico que tratase de contrarrestar sus proyectos. Pero ¿cómo lo haría?

Maquinalmente, metió las manos en los bolsillos. Entonces, sus dedos tocaron algo duro. Al sacarlo, recordó el trocito de piedra que había formado parte del asteroide que había servido de cárcel a Nellen.

La piedra tenía un diámetro poco mayor que la uña de su pulgar y brillaba con destellos que aumentaban y disminuían alternativamente. Parecía una joya, pensó.

Al cabo de unos momentos, lentamente, se encaminó al lugar donde los nativos trabajaban incansablemente.

CAPITULO XI

Había transcurrido una semana y sólo habían podido retirar cuatro bloques de roca. A juzgar por el tiempo empleado, tardarían al menos dos meses en dejar al descubierto la maquinaria de la puerta espacial.

Sentado sobre una piedra, Mallory estaba entregado a cierta labor, cuando se le acercó Nellen.

-¿Qué haces? -preguntó.

Mallory le enseño la piedra, que había perforado por el punto más delgado. Pasó un hilo, lo anudó y se colgó la piedra del cuello.

-Un recuerdo de nuestro encuentro -sonrió.

-Es Una piedra especial, artificial -dijo ella. Sinnai D'Tolh la hizo construir, a fin de que pudiera prolongarme la vida mil años.

-Si la llevo puesta, ¿viviré también mil años?.

-No. Tendrías que estar rodeado completamente por una masa de piedra de tamaño semejante al del asteroide, para que sus radiaciones, digamos benéficas, pudieran afectar a tu organismo. Ahora no es más que un adorno...

-Y un recuerdo de nuestro encuentro. Nellen, ¿cómo se tomó Sinnai tanto trabajo para castigar tu traición?¿No le habría resultado más cómodo eliminarte, mediante una sentencia de muerte.

-No hay pena de muerte en Sowyl XII. Él propuso este castigo y el Gobierno lo acepto.

-Porque tú le oponías a la implantación de puertas espaciales...

-Lo cual se hacía en secreto, con el fin de llegar un día a dominar una extensa zona de la Galaxia. Yo pretendía que se hiciera públicamente, mediante acuerdos con todos los Gobiernos interesados. Perdí -dijo ella tristemente.

-Al final, ganarás -vaticinó Mallory.

Pero no sentía demasiada seguridad en su profecía.

Van Scharnag y Sinnai se habían puesto de acuerdo, dos granujas con ambición y sin escrúpulos. El presidente de la Tierra ya había sido eliminado. ¿Habrían eliminado también al de Sowyl XII?

De repente, se oyó un agudo griterío. Mallory y la muchacha se pusieron en pie. Alarmados, vieron que los nativos se dispersaban a la carrera, abandonando los trabajos. Las mujeres, sobre todo, chillaban frenéticamente.

-Pero ¿qué pasa ahí?

La atmósfera pareció agitarse. Mallory comprendió muy pronto que el fenómeno era debido a la reverberación de las capas de aire, producida por una súbita e inexplicable elevación de la temperatura del suelo.

Los nativos, temerosos, se habían apartado de la zona delimitada por Nellen. A los pocos minutos, Mallory, pasmado de asombro, vio que aquel sector adquiría un pronunciado color rojo.

-Las piedras... arden -exclamó.

Los brazos de Nellen cayeron desatentadamente a lo largo de sus costados.

-Ya no hay solución -dijo-. El calor fundirá los metales mas delicados y destruirá irremisiblemente la, mayoría de los circuitos do la maquinaria.

-Pero... ¿cómo lo han conseguido? -barbotó Mallory. En cierto modo era una pregunta ingenua. Aquellas rocas, al borde del punto de fusión, eran la respuesta de Van Scharnag.

De súbito, Harriman emitió una fuerte interjección:

-¡Ya están ahí!

Mallory elevó la vista al cielo. Lentamente, como si su piloto estuviese seguro de que no iba a sufrir el menor daño, una astronave, con las insignias de la GUVEI en los costados, descendían hacia el suelo. Al menos, se dijo con cierto alivio, no era una nave «G'Rick's».

O ya estaría lloviendo fuego de las alturas sobre todos los que se encontraban en aquellos parajes.

* * *

Mallory reaccionó de inmediato y corrió hacia el cubículo. Bridgis estaba en la entrada.

-Será mejor que se esconda, señor presidente -dijo.

Bridgis le miro casi enfadado.

-Joven, ¿cree digno que el presidente de la Tierra deba ocultarse de unos hombres que le deben obediencia por la ley? -preguntó.

-Señor, en estos momentos no es prudente hacer alardes. Van Scharnag lo matará, si sabe que aún está vivo. Cuando se.asomó por la puerta espacial, no pudo verlo, aunque se imaginó fácilmente nuestros proyectos. Por ahora, sólo nos cree vivos a nosotros.

-Creo que le comprendo, Mallory -dijo Bridgis pensativamente.

-Van Scharnag no está seguro de que usted continúe con vida. Dejémosle por el momento en la incertidumbre. Creo que puede ser una carta a nuestro favor.

-Está bien, pero téngame al corriente de lo que sucede.

-Sí, señor.

Bridgis levantó la vista al cielo. La nave se hallaba todavía a unos mil metros de altura. De pronto. Hizo un gesto.

-Llame a sus amigos. Quiero hacer algo, y necesito personas que puedan dar testimonio en caso necesario.

Mallory obedeció, aunque sin comprender en absoluto las intenciones del presidente. Momentos más tarde, regresaba con Harriman, Azugh y las dos mujeres.

En el interior del cubículo, Bridgis fijó la vista en el joven.

-Duff Mallory, en mí calidad de presidente de la Tierra y comandante en jefe de todas las fuerzas espaciales, le nombre a usted comandante de la GUVEI, con plenas atribuciones para actuar en mi nombre y por encima de cualquier autoridad que no sea la mía. Levante la mano derecha y preste juramento.

-Sí, señor.

La ceremonia quedaba concluida segundos más tarde. Mallory se volvió entonces hacia Azugh.

-Tus cazadores deben tener prevenidos los arcos y las flechas, pero nadie hará el menor movimiento sin órdenes mías. ¿Entendido?

-De acuerdo.

Nellen procuró dominar la tensión de su ánimo. Presentía que el desenlace estaba a punto de llegar.

Instantes después, la nave de la GUVEI tomaba tierra. Mallory advirtió que era un aparato de mayores dimensiones de lo normal. Seguramente, so trataba de la astronave de un comandante de Legión.

Una escotilla se abrió y un hombre, uniformado descendió al suelo, seguido de cuatro más, todos ellos armados con fusiles desintegrantes.

-¿Duff Mallory? -dijo el hombre.

-Sí, señor.

-Soy Fenner, comandante de la Séptima Legión. Por orden del presidente de la Tierra, le detengo a usted, acusado de alta traición. Le ruego se entregue sin hacer resistencia o mis hombres se verán obligados a disparar sus armas.

Después de aquellas amenazadoras palabras, sobrevino un instante de silencio. Mallory miraba fijamente al hombre que tenía frente a sí. De pronto, le pareció que Fenner estaba un puco nervioso. Tal vez, incluso, realizaba a disgusto aquella misión.

-Si esos salvajes son amigos suyos, ordéneles que se aparten. -Fenner rompió el silencio con voz estridente-. Usted moriría el primero, caso de que sus amigos intentasen atacarnos.

-No les atacarán, comandante -dijo Mallory-. Pero ¿quiere contestar a una pregunta, por favor?

-Sea rápido, tengo prisa.

-Tiene prisa, ¿eh? Oiga, ¿ha disparado usted un rayo térmico, dirigido a un punto determinado?

-Por supuesto. Mallory, usted ha sido patrullero y conoce nuestras

naves. Debiera saber que tenemos a bordo toda clase de armas...

-Lo sé, lo sé. Otra cosa. Antes ha mencionado al presidente de la Tierra, si no he oído mal.

Fenner hizo un gesto de impaciencia.

-Ha oído perfectamente -dijo-. El presidente actual es el honorable Marcus Robbinson Tsusarov, quien ocupa el puesto por fallecimiento del presidente Bridgis.

-Ah, Tsusarov. Era el vicepresidente y, según se decía, un monigote en manos de ciertos desaprensivos, entre ellos el secretario de Asuntos Interestelares.

-¡Mallory! No le compete a usted juzgar a sus superiores -gritó Fenner-. Y ya hemos hablado bastante.

-¡Todavía no! -cortó el joven enérgicamente-. Comandante ¿dígame, ¿ha visto usted el cuerpo del presidente muerto?

Fenner se desconcertó.

-No, claro, pero lo ha dicho persona que goza de toda mi confianza...

-Tal vez Burlington von Scharnag.

-¿Y qué? Usted es un traidor...

-Todavía no he sido juzgado. Ni siquiera he embarcado en su nave para regresar a la Tierra. Y dígale al que le ha ordenado ejecutar esta misión, que asome su lea cara de una vez, en lugar de estar escuchando detrás de la puerta, como un criado curioso. Vamos, Burlington, salga usted!

Fenner respingó. En el mismo instante, Van Scharnag se hizo visible.

-Aquí me tiene, Mallory -dijo-. Y le haré saber una cosa: el cargo de traición ha sido probado y la sentencia se va a ejecutar inmediatamente. ¡Aquí, añora mismo! -tronó el sujeto.

-No tan de prisa, muchacho -dijo Mallory de buen humor-. Van Scharnag, usted ya no tiene autoridad alguna en estos parajes. Acabo de jurar el cargo de comandante en jefe de la GUVEI. Lo he hecho en presencia de testigos y ante el presidente legítimo, que, por fortuna,

está vivo.

La boca de Van Scharnag se abrió de golpe.. -¡No, no... eso no puede ser! -aulló.

-Es cierto. Y todavía más: todos sus esfuerzos por conseguir el dominio de un sinnúmero de planetas, mediante la implantación de puertas espaciales, en lugares sólo conocidos de usted y de su cómplice, el embajador secreto D'ToIh, han resultado estériles. Lo suyo sí es traición y se le juzgará como es debido... porque empezó a traicionar a su propio planeta hace mucho tiempo, lo mismo que D'ToIh. Burlington, ¿recuerda usted cuando nos avisó de que había perturbaciones magnéticas en cierto paraje estelar? Sabía que nos hallábamos en las inmediaciones de un asteroide, cuya investigación no les convenía por motivos fáciles de comprender. ¿Por qué no atendieron las llamadas de los satélites de socorro? ¿Quién falsificó el Anuario en el que se decía que Zaphor VI estaba deshabitado? ¿Quién convenció a los «G'Rick's» para que se pusieran de su lado?

Van Scharnag estaba pálido como un difunto. Fenner se apartó a un lado.

-Mallory, ¿es cierto todo lo que ha dicho? -preguntó.

El brazo del joven se extendió acusadoramente. -Mírele a la cara -exclamó-. ¿Por qué, todo un comandante en jefe de la GUVEI tendría que desplazarse hasta aquí, para una misión que cualquier patrullero podría haber llevado a cabo?. Fenner se volvió hacia Van Scharnag.

-Señor, con el debido respeto, creo que tendrá que dar amplias explicaciones sobre lo que está sucediendo -dijo.

Repentinamente, alguien lanzó un terrible grito en la escotilla.

-¡No hay explicaciones que dar! -aulló D'Tolh-. ¡Los traidores deben morir!

Tenía en la mano una pistola desintegrante y disparó por encima de la cabeza de Van Scharnag, situado dos escalones más abajo. El dardo de luz llegó al pecho de Mallory.

Nellen chilló. Pero, sorprendentemente, el dardo de luz «rebotó» y, convirtiéndose en un cono luminoso, alcanzó de lleno a los dos hombres, que se transformaron en humo instantáneamente.

Mallory bajó la vista y contempló el trocito de piedra que pendía

de su cuello.

«¿Qué misteriosa inspiración le había llevado a colgarse del cuello un trocito de piedra de la eternidad?», se preguntó.

Bridgis apareció en aquel momento.

-Comandante Fenner -dijo.

El oficial se puso rígido.

-Señor -saludó.

-Aunque el nombramiento del señor Mallory es sólo temporal, por ahora sigue conservando toda su autoridad, delegada de mis facultades. Obedézcale.

-Sí, señor presidente.

Mallory lanzó un hondo suspiro.

-A decir verdad, lo único que quiero es volver a la Tierra -manifestó.

-¿Solo? -sonrió Bridgis.

-Claro que no, señor presidente.

-¿Y usted, señor Harriman?

El gigante se acarició la barba, que le había crecido frondosamente durante aquellos días. Luego pasó una mano por el talle de Vassia.

-Yo, señor presidente, tendré que rogar a mi antiguo compañero y ahora mi comandante en jefe, que acepte mi dimisión -respondió-. Me quedo en Zaphor VI... aunque espero volver a verlos algún día.

-Sí, cuando se inaugure el monumento al vencedor del Viggar -rió Bridgis.

Mallory torció el gesto.

-Espero que el escultor me saque favorecido -dijo.

-Al menos, ten en cuenta la intención -rió Azugh.

-Sí, un día volveremos por aquí -murmuró el joven-. Zaphor VI es

mejor de lo que uno piensa en los primeros momentos.

-Sin embargo, por ahora necesitaré de los dos -dijo el presidente-. Por supuesto, me refiero a la señorita D'Vrai, que espero sea muy pronto la señora Mallory. Necesito de un experto en puertas espaciales, un correo personal para que hable con los gobiernos de los planetas afectados... Este descubrimiento plantea muchos y graves problemas y será preciso resolverlos de la mejor manera que sepamos.

-Estaremos siempre a su disposición, señor presidente -declaró Mallory.

-Ayudaré en todo lo que pueda -dijo Nellen.

Mallory rozó con sus dedos la piedrecita que colgaba de su cuello. ¿Qué misteriosos poderes encerraba aquel trocito de mineral, artificialmente elaborado, para que se ejecutara una sádica condena... de mil años de vida? Algún día lo sabría. Ahora... Nellen estaba a su lado y el futuro se ofrecía prometedor.

---

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO APARICIÓN SEMANAL RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.



ES UN ANGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE LA VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON ÉL! ¡AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OPROBIO Y LA DESHONRA MAS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA SEMANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMAS, Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR CUALQUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CAR Y CES, A LA HORA DEL SERIAL.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.